



Ruinas de Stratonicea.

**GRECIA.**

## RUINAS DE STRATONICEA.

La antigua ciudad de Stratonicea, hoy Eski-Hissard debió su fundación á los macedonios y le dieron el nombre de Stratonicea, muger de Antiochus Soter. Todos los monarcas Seleucidas se esmeraron por embellecerla, y habiéndola respetado los romanos conservó por mucho tiempo su independencia. El emperador Adriano reedificó una parte, y en efecto entre sus ruinas se conservan señales evidentes de un estilo de arquitectura posterior á la era de los Seleucidas, y poco digno por cierto de esta época de gloria para las artes. Las montañas que rodean ó circulan la ciudad, son las últimas ramificaciones de la inmensa cordillera de los montes Tauros que se alzan colosalmente á medida que se extienden hasta los confines de la India, dividiendo esta parte del mundo.

Eski-Hissard no es en la actualidad otra cosa que una reducida aldea, y las casas que la componen rodeadas de árboles frondosos y corpulentos están situadas á orilla de un riachuelo cuyas cristalinas aguas se pre-

25 de diciembre de 1843.

cipitan rápidamente en cascadas, bañando las ruinas y los mas suntuosos edificios. El fragmento que ofrecemos en el grabado que encabeza este artículo, representa un trozo de muralla cuyo recinto interior estaba decorado de columnas de orden corintio: solo una se conserva en pie sin otra utilidad que servir de abrigo y de punto de reposo á las aves trashumantes.

Sus antiguos moradores poseían dos templos de atrevidas proporciones: uno dedicado á Hecata, y otro consagrado á Júpiter. Aquí era donde una vez cada año se reunían los diputados que nombraban todas las ciudades de la Caria, para ofrecer sus tributos, y para tratar de los negocios generales de su república federativa. En una medalla encontrada entre sus ruinas, y que se conserva aun en nuestros días, se lee, que habiendo preservado á la ciudad Hecata y Júpiter, de las mas grandes calamidades, y mostrando el pueblo su reconocimiento con la multitud de sacrificios que ofrecía y el incienso que quemaba en sus altares, ordenaba el senado, que todos los días acudirían al templo procesionalmente treinta niños vestidos de blanco, de las familias mas distinguidas de la villa precedidos de un arpista y de un heraldo, para cantar un himno en acción de gracias.

Ningun vestigio se halla de estos dos templos enriquecidos con la piedad de los pueblos; pero sí se descubren restos magníficos de muchos otros monumentos.



## CRONICAS ESPAÑOLAS.

### BELTRAN DE LA CUEVA.

(Conclusion.)

V.

El gran maestre don Beltran disfrazado con las ropas de Alvaro Ruiz se dirigió solo á la torre del Duero. Esta torre se hallaba medio ruinosa, enteramente deshabitada, y en medio del campo. Don Beltran entró en ella, y á medida que penetraba por el obscuro corredor que conducía á la sala donde se hallaban reunidos los conjurados oía el confuso rumor de sus voces, y se presentó á su vista el mas extraño espectáculo.—En un pequeño salon se hallaban agrupados una porción de hombres al rededor de una mesa ordinaria donde se hallaba sentado el que hacia de presidente: dos lámparas como las de que se sirven los mineros para sus trabajos sostenidas por sus garfios ó garabatos clavados entre las junturas de las piedras reflejaban una luz pálida, vacilante, sobre las pardas paredes de la torre, y los rostros de los conspiradores. Todos ellos al entrar y entre otros un fraile pronunciaban á media voz ante el guardián de la torre las palabras misteriosas *Justicia de Dios*, y sus nombres. Don Beltran entró como ellos con la mayor serenidad y pronunció el nombre de Alvaro Ruiz entregando la contraseña, y se dirigió á uno de los rincones mas oscuros de la torre.

—Escarlante punto de reunion, dijo uno de los conjurados que se hallaban á sulado.

—Aquí nadie podrá penetrar nuestro secreto, respondió otro, por aquí la única salida guardada por nosotros..... por aquí una ventana desde donde se tocan las aguas del Duero, profundo é inmóvil en su curso.

Así que hubieron entrado todos los conjurados, el que guardaba la puerta, y habia recogido los pedazos de pergamino, que eran la seña para la entrada, se llegó á la mesa y los depositó en ella diciendo.—Ya estamos todos.

El que se hallaba sentado en la mesa, y cuyo rostro no habia podido aun ver don Beltran por ocultarlo el ala de un ancho sombrero, descubrió su cabeza y dejó ver las canas que la cubrían, y el rostro de uno de los principales cortesanos de Enrique IV, de uno de los que se vendían por amigos del maestre. Era Manrique de Lara.

—Ricos-hombres, dijo este con voz solemne, pueblo de Castilla! Hemos borrado el sello de ignominia que manchaba nuestra frente. Nuestra causa triunfa en todas partes.... D. Pedro Giron, maestre de Calatrava, se ha declarado con sus caballeros públicamente por nosotros. El marqués de Villena, otro tiempo el favorito de Enrique, es en secreto el alma de nuestra empresa. El obispo de Segovia Juan de Arias, y su vicario Prexano, nos ha entregado la ciudad con su inespugnable fortaleza colocada en los montes, lindes eternos de las dos Castillas. Dios ha pronunciado su sentencia, y los hombres la han cumplido. Un recadero de la orden de Calatrava que ha llegado esta mañana presencié el juicio

de Dios y del pueblo. Nuestros hermanos los confederados despues de haberse apoderado de los infantes Alfonso é Isabel que con la reina madre yacian olvidados de Enrique en su destierro de Maqueda, han depuesto del trono al opresor de Castilla, al que en su impotencia abandona las riendas del trono á un vergonzoso favorito, al que quiere asegurar la corona en las sienes de una hija de adulterio con perjuicio de sus hermanos.

—Permitidme, noble Manrique de Lara, dijo el recadero de la orden de Calatrava, refiera lo que presencié en los campos de Avila. Sobre un ancho tablado se colocó sobre un trono un manequi cubierto con las insignias y vestiduras reales. Su semejanza con Enrique era extrema: parecia que el artifice habia robado al original sus propias facciones.

El arzobispo de Toledo pronunció las causas que motivaban la deposicion de Enrique. Un pueblo numeroso, inmenso, asistia entusiasmado á este juicio. A la lectura del primer cargo, el arzobispo de Toledo quitó la corona de su cabeza, el arzobispo de Compostela le despojó del cetro al leer el segundo, y los condes de Plasencia y de Benavente le arrancaron la espada de la justicia y el manto real, al pronunciar el tercer articulo. Diego Lopez de Estuñiga declaró la deposicion del monarca y derribó ignominiosamente la estatua de Enrique y proclamó á Alfonso, el mas jóven de sus hermanos, rey de Castilla y de Leon. El pueblo alzó sobre sus hombros al nuevo soberano, y su valor le colocará en el trono.

—¡Viva el rey Alfonso! gritaron con el mayor entusiasmo cuantos se hallaban en la torre. Dos personas solas no respondieron á esta aclamacion.

—La memoria del 3 de junio de 1463, será eterna, dijo con voz solemne el presidente Manrique de Lara. El ejército con su nuevo rey se apresta á la batalla, ya ocupa las llanuras de Olmedo, y en breve sus banderas victoriosas ondearán sobre el alcázar de Valladolid. Enrique sumido en tanto en torpes festines en vano procurará salir de su letargo. Nuestros parciales le rodean y procuran adormecerle con los placeres. Un hombre solo puede reanimar su energia. Don Beltran, que mas de una vez ha desconcertado nuestros proyectos, y que es capaz de todo por asegurar en el trono á la hija de Enrique.

—¿Qué decis? exclamó con voz airada uno de los conjurados. La hija de la reina doña Juana no es del rey, es la hija de Beltran. Castilla toda, el pueblo cuyo instinto jamás se engaña lo reconoce así al llamarla por desprecio la *Beltraneja*.

El desgraciado don Beltran, pálido, con los puños apretados de rabia, veíase obligado desde el oscuro rincón donde se hallaba á oír las imprecaciones de sus enemigos. Si se hubiese tratado solo de su vida él se hubiera presentado al furor de sus enemigos, pero se trataba tambien de la suerte de la reina, de su amante y de su hija y le era preciso oír tranquilamente todos los clamores, todas las injurias, para reducirlas mas tarde á silencio, para acallarlas perpetuamente.

—Tal vez podríamos terminar los horrores de la guerra civil. Don Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, tiene decidido al rey, dijo uno de los conjurados, á que adopte un medio que á todos satisfaga.

—No hay medio, exclamó irritado el presidente Man-



rique, cuando se trata de la corona. Un trono es demasiado estrecho para dos reyes, y Castilla ha proclamado á Alfonso.

—Si el infante don Alfonso, replicó el conjurado que habia propuesto la transacion, se casase cual pretenden muchos con doña Juana, la contienda quedaria terminada. Alfonso seria rey, y doña Juana reina de Castilla.

—Nunca, nunca, gritaron como furiosos de todos los ángulos de la torre.

—Y el adulterio, gritó con voz atronadora don Manrique, ostentaria triunfante su fruto sobre el trono, y una muger estraña, la *Beltraneja*, usurparia el nombre, la herencia de nuestros legítimos reyes, les arrebataria sus derechos mas queridos, y su odioso latrocinio perpetuándose con su descendencia haria eterno el crimen de su padre, de su padre cuya fatal privanza tan cara ha costado á Castilla!

—Es preciso su ruina, dijo uno que justamente se hallaba junto á don Beltran. Los pueblos están agobiados de gabelas y tributos, la guerra devasta nuestras propiedades.

—El es el único que hace frente á la confederacion. Enrique es demasiado débil, sin sus consejos ya hubierá abdicado en su hermano, dijo don Manrique.

—Su política infernal añadió un conjurado anciano, ha hecho que Paulo II envíe á Antonio Venerio, obispo de Leon para que lance su excomunion, como su legado, contra los que nos hemos confederado.

—Los pueblos titubeaban, le interrumpió el presidente, á la voz del pastor santo de Roma, y sin el arzobispo de Toledo que se ha unido á nuestro bando, éramos perdidos. Sin embargo todo debemos temerlo aun de Beltran.

—¡Que muera! ¡que muera! gritaron de todas partes, y con un furor que tocaba en fanatismo.

—Morirá: contestó don Manrique con voz solemne y reposada. Morirá porque es precisa su muerte para salvar á Castilla, porque en faltando don Beltran contaremos en derredor del trono de Enrique tantos parciales como en el campo de Gímado, y porque su genio solo es capaz de frustrar nuestra santa empresa! Hernando, ¿habeis ganado al alcaide de la fortaleza?

—Tan luego como se avisten nuestras tropas, contestó uno desde un rincón de la torre, abrirá el alcaide las puertas de la ciudad y se incorporará con los confederados.

—No olvidaré el aviso, dijo entre sí don Beltran.

—Garcí Jimenez, preguntó despues el presidente, ¿con cuántos soldados de la guardia de Enrique podemos contar?

—Cerca de doscientos me seguirán: ignoran aun de lo que se trata, pero respondo de ellos, y recorrerán las calles al grito de ¡muera Beltran!

—¿Martín Perez y el pueblo se decidirá por nuestra causa? dijo despues don Manrique dirigiéndose á un hombre de formas atléticas, de oficio pelaire y de gran influencia en la plebe.

—No hay que dudarle, contestó. Esta noche distribuiré el dinero que vos, y los ricos hombres me habeis confiado. Alvaro y yo haremos esa diligencia. Sabemos muy bien las puertas á donde hemos de llamar... donde el frío, la desnudez y la miseria hacen dar diente con diente al infeliz, donde por un pedazo de pan, y un poco de dinero nos venderán una vida condenada á la indigencia. Mañana con mi ejército de hambrientos me presentaré yo en la plaza de Tordesillas, donde Enrique ha venido á distraerse á una partida de caza, y os juro que gritaremos bastante para hacernos oír de él, y de ese odioso Beltran.

—Sería mas conveniente, dijo don Manrique con risa irónica, que este no os pudiera ya oír. ¿Quién de voso-

tros, gritó despues, levantándose, quién de vosotros se siente con suficiente valor para darle muerte?

—Todos se levantaron y estendieron sus manos hacia donde se hallaba don Manrique, escepto don Beltran, y un jóven de corta edad que se hallaba entre los conspiradores.

—Os honra tan noble ardimiento, dijo lleno de satisfacción don Manrique. No quiero agraviar á ninguno de vosotros haciendo la eleccion por mi mismo. Dios designará el brazo que debe de herir al gefe de nuestros enemigos. Aquí están todos vuestros nombres, y al mismo tiempo cogió todos los pedazos de pergamino que se hallaban depositados sobre la mesa, que habian servido de contraseña para entrar en la torre, y en los que habia escrito el nombre de cada conjurado: colocólos en una especie de cántara y dijo.— El nombre primero que salga será el del elegido. Vos, padre Rafael, que por vuestro ministerio estais exento de ese cargo, publicareis el nombre del elegido del Señor.

Hubo un momento de silencio profundo, terrible era el silencio que precedía á una sentencia de muerte.

Llegóse á la mesa lenta y pausadamente el fraile, que á la escasa luz que iluminaba la torre, parecia una fantástica aparicion, introdujo su descarnada mano en la cántara fatal, sacó una de las tarjetas ó pedazos de pergamino, y leyendo con bronca y áspera voz: — *Alvaro Ruiz*, se retiró con la misma pausa á confundirse entre aquella multitud de asesinos conspiradores.

El nombre de Alvaro Ruiz resonó en el corazón de Beltran, y lo hizo estremecer de pavor. Era precisamente el nombre con que se habia introducido en la torre. Iba á ser inevitablemente descubierto....

—¡Alvaro! le dijo don Manrique. La providencia fia á tu brazo, el éxito de nuestra santa causa. Aquí tienes el puñal que bendecido de su mano ha enviado con uno de sus emisarios el arzobispo de Toledo, junto con la absolucion del crimen que pudieras cometer.

—No es crimen, gritó el padre Rafael, castigar á un adultero, á un hombre que....

—¡Silencio! dijo don Manrique. Alvaro, de mano de vuestro hijo lo habeis de recibir. Su inocencia será un presagio seguro de triunfo, por su cabeza habeis de jurarnos arrancar la vida al gefe de nuestros enemigos.

—¡Su hijo! dijo interiormente don Beltran, disponiéndose ya para dar la señal convenida á sus soldados. Van á deseubrir mi disfraz.

Un jóven se habia adelantado hasta la mesa, habia recibido con mano trémula el puñal de manos de don Manrique y se dirigió al sitio donde se hallaba don Beltran inmóvil.

—¡Tomad! le dijo presentándoselo.

—¿Qué veo? qué imprudencia! dijo en voz baja al reconocer en el que creia el hijo de Alvaro, á la reina disfrazada en un gentil y gallardo mancebo.

—Estábais en peligro, no he debido abandonaros.

—¡Infeliz!

Tomó don Beltran el puñal, y estendiendo su mano sobre la cabeza de doña Juana de Portugal, juro por Dios, dijo, y por esta cabeza que mil veces me es mas amable que la mia, exterminar al gefe de mis enemigos.

—A vos deberá el rey la consolidacion de su trono, dijo don Manrique.

—Si, yo salvaré al rey, contestó el supuesto Alvaro. Despues dirigiéndose á la reina en voz muy baja, os habeis perdido, la dijo con la mayor amargura, todos escepto yo han de perecer en la torre.

—Tus brazos me ampararán.

—Os arrancarán de ellos. Yo mismo para evitar un movimiento de piedad, he dado orden á mis gentes de que no me obedezcan.

—He dado orden, dijo la reina con la mayor ansie-



dad, á mi fiel Nuño, que velase con una barca al pié de una ventana de la torre.

—¡Ah! ¡no perecerá!

Todos tenían fija su vista en los que creían Alvaro y su hijo, veíanlos hablar en voz baja y misteriosa, pero creían que en la víspera de un acontecimiento que podía llevar en pos de sí la muerte, debía concederse este desahogo al amor de un padre. Así que ninguno osó llegarse á ellos á interrumpir sus palabras.

Don Manrique solo viendo los ademanes de dolor de la reina procurando darle un consuelo, le dirigió estas palabras. —Jóven, no os abandonéis al dolor, no es tan ardua la empresa de vuestro padre. Si sucumbe, mil puñales se alzarán para vengarle; si triunfa es segura su suerte.

La reina sin escuchar lo que don Manrique la decía continuó hablando con Beltran.

—¡Que horrible me es el tener que morir en tus brazos!

—No morireis, señora, la replicó Beltran. Los conjurados quedarán libres: al morir mañana, al menos os habré salvado la vida.

—¡Morir tú mañana! y al mismo tiempo cayó la reina desmayada.

—Se ha desmayado ese jóven, gritó don Manrique.

—No ha podido resistir á la idea del peligro de su padre.

—Socorredle.

—Deteneos, no es nada, la brisa del río, el aire puro reanimarán su espíritu. —Llegóse al mismo tiempo conduciéndola en sus brazos y vió á la luz de la luna que el fiel Nuño estaba con su barca inmóvil debajo de la ventana, y cogiendo á la reina la arrojó en los brazos de este, gritándole, ¡sálvala! inmediatamente la barca á todo remo cruzó el río.

—¿Qué hacéis? gritaron todos cuantos estaban en la torre y que no comprendían su acción.

—Cumplir mis juramentos, respondió con voz fuerte Beltran puesto de pié sobre la ventana. Doy la señal de vuestra muerte. He salvado á la reina de Castilla que estaba entre vosotros.

—¿Quién sois? gritó don Manrique que con los demás se dirigía contra don Beltran.

—¡Conocedme, miserables! Beltran de la Cueva.

Al mismo tiempo se arrojó al Duero. Era excelente nadador acostumbrado desde pequeño á atravesar á nado los ríos mas caudalosos.

En cuanto sonó el golpe que sobre las aguas produjo la caída de don Beltran, abriéronse violentamente las puertas de la torre.

El capitán de los monteros reales seguido de los suyos dijo: —Ya ha sonado la señal. Ninguno quede con vida. —Gritos, lamentos, imprecaciones horribles sonaron á la vez. Era una escena infernal. Los soldados colocados á la puerta y delante de la ventana que daba sobre el Duero, cerraron toda salida á los conjurados. El ruido de las armas cubría los ayes de los moribundos. La sangre inundó el salón de la torre del Duero, y los misterios de esta noche de conjuración quedaron sepultados con los conjurados.

Don Beltran solo fué el sabedor de los planes allí fragmentados, y don Beltran triunfó de todos ellos.

## VI.

Don Beltran de la Cueva habia descubierto en la torre del Duero, el misterio de la atroz conjuración que debía precipitar al rey de su trono, y arrancarle á él, el poder con la vida. Los que habian asistido á aquel fatal conciliábulo allí murieron, los demás traidores descubiertos despues perecieron en ocultas y secretas prisiones de las fortalezas. Al frente de un numeroso cuerpo de sus parciales marchó al encuentro de los confedera-

dos, los batió en Olmedo, y por un instante parecia que la paz habia vuelto á brillar en la desventura Castilla. El rey, la reina y toda la corte se habian trasladado á Segovia, y moraban en su alcázar. Los enemigos de Beltran reducidos por el pronto al silencio no habian desistido de su empeño. Doña Guiomar que veía dilatarse la caída del hombre que tanto aborrecía, que le veía afirmarse en el poder, y seguir en sus amores con su odiosa rival, maldiciendo en su interior la docilidad del pueblo, la poca destreza de los nobles, procuró á toda costa tener entre sus manos un medio facil, seguro, indudable de hacer pronunciarse por su causa al hombre mas poderoso de aquella época, al mas hábil de los ricos hombres. Doña Guiomar era la querida favorita de Enrique, y una muger hábil encuentra momentos y medios de obtener del hombre que la ama cuanto desea.

Una noche á la pálida luz de la luna que reflejaba sobre el terrero del alcázar de Segovia una muger cubierta con su manto, hablaba bajo y misteriosamente con un escudero que en su traje manifestaba venir de camino. Esta muger era doña Guiomar; el escudero era Martin Gutierrez que hacia muchos años estaba á su servicio.

—¿Le viste tú mismo? decía doña Guiomar.

—Cuando yo llegué al castillo de Cuellar, respondió el escudero, el marqués de Villena se hallaba fuera. El castellano me dió afable hospitalidad sin dirigirme ni una sola pregunta. A la llegada del marqués, me introdujeron en una oculta y secreta estancia. ¿De dónde vienes? me preguntó el de Villena. —De Segovia. —¿Quién te envía? —Doña Guiomar de Mendoza. Creyó no haber oído bien, y me hizo repetir la respuesta. ¿Qué tengo yo que ver me dijo con aire grave y severo, con esa muger? Que ella reine en Castilla, que maquine diariamente nuevas intrigas contra su pobre rey, razon de mas para que nada comun exista entre ella y yo. Marchaos: no quiero oir vuestro mensaje; volved y decidla que el marqués de Villena podrá perdonarla tal vez el día de su muerte los daños que ocasiona á Castilla, pero con una sola condicion, ¿lo entendeis?... la de no volver á oir hablar jamás de ella en mi vida.

—¿Ha rehusado seguiros? preguntó doña Guiomar con la mayor ansiedad. ¡Estamos perdidos!

—Escuchad, señora. Me incliné respetuosamente y con voz sumisa le repuse: mi mision no se dirige á hablar ni proponeros nada: es mas sencilla, poner en vuestras manos no sé qué alhaja que cuidadosamente se me ha entregado cerrada en esta caja, con este sello grande.

—¡Esel de Enrique! dijo, y arrebatándomela de las manos, la rompió, sacó un anillo y exclamó conmovido: ¡es el mio! es el mio! me hizo cien preguntas á la vez..... á ninguna pude responderle, pidió al momento caballos, hizo poner en movimiento todas sus gentes y siguiéndome.... hace dos horas que al anochecer un momento antes de cerrarse las puertas de la ciudad, hemos llegado á Segovia.

—¡Te has portado! dijo con alegría doña Guiomar, Martin Gutierrez! Te mando cien Enriques de oro.

—Dios os lo premie, señora, dijo el escudero lleno de agradecimiento.

—Y el marqués donde quedó?

—Espera inmediato á la entrada de los jardines del Alcázar.

—Házle venir con toda cautela.

Marchó inmediatamente en su busca el diligente escudero, que pocos momentos despues se presentó con el marqués de Villena, cuyas facciones ocultaba un gran sombrero estando embozado en una ancha capa. Descubrióse delante de doña Guiomar: hizo esta una señal al escudero para que se marchase, obedeció este, y cuando hubieron quedado solos, tomando el tono mas afectuoso le dijo:



—Marqués, he querido hablaros con tanta precaucion porque todos mis pasos son cuidadosamente espiados. De dia seremos enemigos como siempre... en el silencio de la noche amigos.

—He venido, señora, para oír de vuestros lábios la esplicacion de este misterio.... ¿este anillo?...

—Escuchadme. Yo no empleare el disimulo y el fingimiento con vos.... ademas de nada me serviria, fuisteis mi enemigo desde el dia en que nos conocimos, habeis hecho todo lo posible por perderme en el ánimo de Enrique, y os aborreceré toda mi vida; al menos veis que soy franca.

—Adelante, dijo con sequedad é impaciencia el marqués.

—He ahí mi sola falta, aborreceros y ¿cómo no hacerlo cuando aun desde vuestro retiro sois el mas terrible enemigo de mi poder?

Satisfecha doña Guiomar de haber adormecido todas las desconfianzas del marqués, con esta afectada franqueza continuó despues:

—Vuestra marcha cambió estraordinariamente la escena. El mal que contenia vuestra prudencia se empeoró.... el veneno de la disolucion cundió rápido por todo el estado; la nobleza, los soldados, el pueblo, todos sufren, todos padecen.... un grito solo penetrante, de reprobacion general se alzó hasta el cielo: la guerra civil abrasó nuestros campos: los confederados para derribar al autor de tantas calamidades, sucumbieron en los campos de Olmedo: el principe Alfonso, murió á poco de repente en Cardenosa, y sus parciales aterrados con lo que creen un castigo del cielo, han depuesto las armas, y el favorito libre y sin rivales, se ha convertido en déspota, y ha estendido su ominoso yugo hasta sobre la misma corona.

—¿Con que Enrique comienza ya á sentir su poder!

—Hace algunos dias, continuó doña Guiomar, se lamentaba conmigo de la insolente tutela en que le tenia don Beltran.... de las agitaciones funestas que habia ocasionado su privanza, y de la impotencia en que él mismo se habia colocado ya para resistirle. Yo le ofreci intentarlo todo para conseguirlo, cuando exigiéndome un juramento.... pronunció vuestro nombre.... os llamó su libertador y me entregó para que os lo remitiese secreta y diligentemente este anillo, al que me aseguró está unida una promesa sagrada, inviolable.

Con la mayor atencion y un sentimiento de amor propio, escuchaba el marqués las artificiosas palabras de doña Guiomar, que habiendo oído la despedida de este con el rey el dia que quedó anulado el tratado de paz de Portugal, habia podido apoderarse del anillo misterioso.

—Perdida la batalla de Olmedo, continuó despues de un momento de silencio, los enemigos de don Beltran faltos de un punto de apoyo se han ocultado, pero no han desistido.... encontrareis instrumentos dóciles, masas dispuestas á la lid, una mina dispuesta á reventar, y que una sola chispa podrá facilmente encender: todo lo he preparado: obrad.... el rey lo aprobará todo.

—Señora, contestó el marqués mirándola fijamente y con cierta desconfianza aun.... yo no me he mezclado en los disturbios que desde mi salida de la corte han agitado el reino.... sin el llamamiento de Enrique hubiera tal vez terminado lejos de ella mi existencia deplorando los males de Castilla.

—¿Marqués! exclamó doña Guiomar con el acento de la mas marcada ironía, todos sabemos cuan ageno habeis estado de cooperar á la escena de Avila, y á los desastres de Olmedo.

—Yo os aseguro, replicó, que no ha sido poca dicha el haber podido permanecer neutral.... de un lado el rey á quien tanto amo.... de otros mis amigos los ricos-hombres... los prelados.

—¿Me ofreceis francamente vuestra cooperacion para nuestra empresa?

Con impaciencia, con ansiedad aguardó doña Guiomar la respuesta de tan terminante pregunta.

—Ofrezco únicamente, contestó con la mayor frialdad Villena, obedecer las órdenes del rey, yo las recibiré de él.

—El rey, dijo algun tanto desconcertada Guiomar, el rey se halla precisado á no veros.... mas aun ... á conspirar para conseguir su libertad.

—Si habeis contado conmigo para una conspiracion os equivocais. Cuando era jóven, y Enrique principe heredero fuimos juntos conspiradores: él nada arriesgaba, podia subir al trono, yo.... al cadalso.

—Teneis en vuestro poder el anillo que confiásteis á Enrique.... descuriad que á su tiempo él os transmitirá sus órdenes.

—Hasta entonces yo á nada me comprometo.

—Mañana mismo, el alcázar real resonará con los cánticos de alegría y de placer.

Enrique vencedor de los confederados quiere celebrar con un magnifico festin la tranquilidad que la derrota de Olmedo ha devuelto á los pueblos de Castilla. Podeis introducirlos en el baile.... á él asistirán nuestros parciales.... allí cuando entre el ruido de la música, y la confusion de las damas todos se hallen ocupados en el placer, encontraremos medio de apoderarnos de nuestros enemigos, y libertaremos al rey, y vos tornareis á vuestra antigua privanza. Cualquier medida que adopteis tendrá un irresistible peso. Las córtes están reunidas en esta ciudad para otorgar los subsidios y jurar por heredera á la princesa doña Juana, la Beltraneja. Nada mas se exige de vos que vuestro nombre, él reanimará á nuestros parciales, y los hará triunfar.

—¿Y despues?

—Imponed vos mismo las condiciones.

—La destitucion del favorito y su destierro.

—Su destierro nada mas, replicó doña Guiomar reprimiendo una amarga sonrisa.

—Ni mas ni menos, contestó con firmeza el marqués.

—¿Y qué haremos de esa pobre reina falta de todo apoyo?

Esta pregunta aunque hecha en tono indeciso y vacilante fué una falta de tacto por parte de la diestra y artificiosa doña Guiomar, en poco estuvo que el marqués no penetrase con un profundo golpe de vista toda la estension de su alma vengativa, y sus horrendos cálculos. La cólera inflamó el rostro de Villena, aproximóse á doña Guiomar y cogiéndola una mano la apretó fuertemente en la suya.

—¿Señora!... la dijo con una energia concentrada. Señora! guardaos de levantar vuestra vista hasta las gradas del trono. En nombre de la magestad ofendida he salido de mi retiro para vengarla, no para ultrajarla. Entre vos y yo, entre el rey y nosotros solo media un negocio puramente político. El castigará á un ministro que abusa de su favor. Si por acaso hubiera que buscar una muger culpada.... temblad por vos.... sí, por vos misma doña Guiomar!

Asustada quedó esta, y en vano se esforzó á sonreirse, y chancearse con el marqués sobre la grave interpretacion que habia dado á sus últimas palabras, pero este la habia comprendido muy bien para no volver á tener su antigua desconfianza. Hablaron aun un rato, cuando vieron al otro extremo del terrero del alcázar, dos hombres embozados que hablaban con el mayor misterio, y aun sospecharon un momento si los observarian. No pudieron conocer quienes fuesen.

Los dos embozados que allí se habian citado para tener una entrevista sin que nadie pudiese observarlos, eran don Beltran de la Cueva, y el capitán de las guardias del rey.



—¡Ya es tiempo de concluir de una vez con los agitadores! decía á este don Beltran.

—La victoria de Olmedo nos ha abierto las puertas de esta ciudad.

—El vaticinio de Paulo II, se ha verificado, el joven Alfonso murió de repente.

—Gracias al activo veneno que le hizo suministrar Samuel, ese maldito hebreo.

—Los confederados duermen solo, señor duque, pero no están muertos, tal vez despertarán y alzarán la única bandera que les resta.

—La Infanta doña Isabel, está en un monasterio de esta ciudad, el velo de las vírgenes del Señor, impedirá que la corona de Castilla pueda recaer en sus sienes. Las cortes se hallan reunidas, una vez jurada doña Juana heredera del reino nada habrá que temer.

—Mas si protestan, le interrumpió el capitán, algunos procuradores y prelados como aseguran...

—Yo haré antes morir en prisión á los que se me opongan, los demás están ganados á fuerza de mercedes.

—Pues entonces, dijo el capitán, pensemos solo en la función de mañana.

—Precisamente, respondió el duque Beltran, en esta función hemos de terminar este asunto.

—¿Y el rey asistirá?

—El bullicio y la agitación del festín perjudicarán su salud harto quebrantada con los esfuerzos que ha tenido que hacer en esta última semana.

—Sin vos, señor duque, ya no existiría en su trono.

—Decid mas bien sin la Providencia que vela por los reyes, y á quien plugo revelarme la conspiración.

—Los confederados de Olmedo faltos del auxilio que les prometían los traidores y sorprendidos, doblaron su altiva cerviz al yugo del monarca.

—Haced, dijo don Beltran, bajando aun mas la voz, que para mañana en la noche las compañías de archeros, y los caballos que se hallan en Sepúlveda con Hernando de Olea, entren secretamente en la ciudad, conviene que apoyen este movimiento.

—Yo mismo, contestó el capitán, escribiré á Hernando, un mensajero seguro llevará vuestra orden.

Curioso por demás era ver en un mismo sitio conspirando contra sí mutuamente á los dos mas implacables enemigos, á la luz de la luna, y dándose por una rara y extraordinaria coincidencia un mismo punto de cita, una misma hora, y contando valerse de los mismos medios.

Don Beltran y el capitán despues que hubieron acordado sus medidas se dirigieron hablando entre sí, y sin designio alguno hácia la parte del terrero donde aun se hallaban el marqués de Villena y doña Guiomar. Sobresaltóse esta con el temor de poder ser reconocida por aquellos dos hombres que suponía, ó gentes del alcázar, ó espías de don Beltran.

—Hacia aquí se dirigen dos hombres embozados, dijo llena de terror, y agarrándose al brazo del marqués, perdida soy si llegan á conocerme.

—No temáis, contestó Villena, podeis retiraros por ese lado. Yo contendré sus pasos.

—Hasta mañana, dijo al retirarse, y se deslizó ligeramente de allí como una sombra, como una aparición.

—¿Quién va? ¿no respondeis? gritó el marqués de Villena, dirigiéndose al encuentro de los dos embozados, ¡vive Dios! que os ha de hacer hablar esta espada.

—Desocupad el terrero si apreciáis en algo vuestra vida, le contestó el duque don Beltran con tono altivo é insolente.

—¡Os doy compasión! venid á echarme de él; no os temo aunque estoy solo.

—Yo castigaré su osadía á cuchilladas, dijo el capitán adelantándose con la espada en la mano.

Detúvose el duque diciéndole, estáos quedo, capitán; yo os lo mando, y avanzando hácia el sitio donde se ha-

llaba el marqués, cruzáronse las espadas de ambos.—Valiente sois, gritó el marqués de Villena, que con valor y destreza paraba los golpes de su intrépido adversario.

Conoció inmediatamente don Beltran la voz del marqués de Villena, y retirándose de repente le dijo:—Deteneos. ¿Sois acaso Pacheco, el noble marqués de Villena?

—El mismo, contestó el marqués envainando su espada, el mismo, don Beltran, que yo tambien por la voz os he conocido.

—Retiraos, dijo don Beltran al capitán; hizo este un profundo y respetuoso saludo, y se retiró al alcázar. Volvióse despues lleno de asombro hácia Villena á quien reputaba muy lejos y viviendo tranquilo, en su castillo de Cuellar, y exclamó: Vos aquí, marqués!...

—Veo que he llegado á mala sazón, me suponíais en mi destierro... y aun que vos solo don Beltran sois el único objeto que me hace salir de él...

—¿Yo? replicó con asombro don Beltran.

—Hace seis años, en una noche igual á esta, los dos nos encontráramos solos el uno al lado del otro en el terrero de nuestra casa de campo como ahora. Yo me hallaba desterrado de la corte como ahora tambien; en mi no ha habido mudanza, me encuentro lo mismo, escepto con algunos años mas, y una poca de experiencia. En cuanto á vos es muy diferente, entonces vivíais obscuro, desconocido en un rincón del reino, y no podíais sospechar que llegase un día en que el marqués de Villena implorase vuestro favor, para salir de su humillante situación.

—Nunca he olvidado la admistad que me dispensásteis.

—Ni yo tampoco el primer uso que hicisteis de vuestro favor restituyéndome á la privanza de Enrique. He ahí lo que me obliga á hablaros.... pagar aquella deuda antigua, y para mí sagrada. ¡Ah! ¡cuán feliz érais en Bribiesca!

Nada respondió don Beltran, sabia muy bien que habia perdido sin remedio ya la paz, la tranquilidad del alma: en cambio de una existencia pura y sin mancha, habia hallado en el seno del amor una nueva vida, sensaciones desconocidas hasta entonces. Un suspiro involuntariamente se arrancó de su pecho al comparar la calma de sus primeros años con la inquietud y la turbación continua que emponzoñaba su felicidad presente.

—Ahora, continuó el marqués de Villena, en la cumbre del fausto y del poder, una masa inmensa de contrarios os rodea, derramais beneficios sobre ingratos, y amigos y enemigos os atacan como autor de los males de Castilla, y cada día se acrecientan en derredor vuestro los peligros.

—¿Qué peligros? le interrumpió don Beltran haciendo un movimiento que descubrió su agitación. ¿Quién osará medir sus fuerzas conmigo, Villena, despues de haber hecho hundir en el polvo la insolencia de esos ricos-hombres y prelados que se confederaron contra el trono? ¿dónde estan, dónde, pues, esos peligros?

—En todas partes, solo vos no los conoceis, abrid los ojos, extended vuestra mano, tocadlos.... y temblad.

—Dios mismo se ha decidido por nosotros. El llamó á sí al niño Alfonso, enseña de la guerra civil.

—¿Le llamó á sí Dios don Beltran, ó se lo enviásteis vos? dijo el marqués con aire de severa reconvención.

—¡Yo!.... Despues de un momento de pausa fijando sobre el marqués una mirada penetrante le dijo. ¿Y qué quereis de mí?

—Que tomeis la única resolución capaz de salvaros.

—¿Cuál?

—Volveros á Bribiesca.

—A Bribiesca!..... No pudo don Beltran contener esta exclamación que le arrancó la sorpresa de semejante propuesta, y el marqués leyendo la desconfianza pintada en sus ojos prosiguió inmediatamente:



—No creais que es el consejo de un rival político, interesado en sucederos en el poder.... Mirad mis canas y ellas os dirian cuan poco puedo ya vivir: os hablo como un amigo, como un hombre que conoce los peligros de la corte, y os quiere sustraer á ellos.

—Marqués de Villena, si realmente existiesen esos peligros de que me habláis, me siento con fuerza bastante para arrostrarlos. ¿Que diriais del general que la vispera del triunfo abandonase el campo de batalla?

—Y vos ¿qué pensariais de ese mismo general, si teniendo á la vista una derrota inevitable prefiriese comprometer temerariamente una batalla á una hábil y segura retirada?

—De cualquier género que sean los peligros, el deber me impide abandonar mi puesto.

El marqués mirándole á la cara le dijo grave y severamente: —El deber!!! otras cadenas mas fuertes os ligan, duque Beltran.

Palideció el rostro de don Beltran y con voz mal asegurada casi tartamudeó. —¿Creeis vos?....

—Me habeis comprendido y basta, le interrumpió el marqués. Que mi ilusion sea un secreto entre Dios y vuestra conciencia. Ojalá no la hubiese penetrado Castilla. Como quiera que sea no os volveré á hablar mas de esto. Aun es tiempo.... huid, Beltran. Bajad y no aguardéis el momento terrible de la caída.

El marqués cogió entonces afectuosamente la mano de don Beltran, este hizo un movimiento para retirarla pero Villena la detuvo con autoridad diciéndole:

—Escuchadme: tengo derecho á vuestra confianza: fui el amigo, el bienhechor de vuestro padre. Si él viviese le veriais aquí en mi lugar, estrechando con sus lágrimas vuestras manos, os diria con una voz trémula y balbuciente. «Hijo mio, tu nombre ha conseguido demasiada gloria, no quieras que se eclipse en tu ruina: mira un abismo insondable abierto ante tus pies. Huye, huye de él, hijo mio. Sigueme á un asilo ignorado en donde se disipará la embriaguez de tus sentidos, donde se cerrarán las llagas de tu corazón, donde placeres culpables jamás turbarán tu reposo, ni verás de continuo levantada la espada vengadora sobre dos cabezas á la vez. » ¿Temblais, Beltran?... así os hablaría vuestro padre, y si desoiais su ruego tal vez doblaria la rodilla delante de ti....

—Jamás, jamás, exclamó don Beltran conteniendo al marqués de Villena que casi estaba ya á sus pies. Vuestra amistad os engaña, le dijo enternecido. Si tan ciertos son esos peligros, nombradme pronto, nombradme mis enemigos.

Lágrimas corrian de los ojos de estos dos hombres á quienes la fatalidad habia hecho enemigos, amándose al mismo tiempo de corazón, pero cuando el marqués de Villena oyó las últimas palabras de don Beltran le respondió revistiéndose de la mas noble altivez y dignidad.

—¿Creeis que yo soy un vil delator que he venido á revelaros tramas? Yo he venido á recordaros vuestras culpas. Perdeos en mala hora si quereis; he cumplido con lo que me dictaba la gratitud y mi conciencia, y solo siento haber gastado inútilmente el tiempo. Una palabra aun. Sabeis cual fué mi poder en el reinado del padre de Enrique, que fui el amigo de don Alvaro de Luna, duque, gran maestre de Santiago como vos, terror por su valor de la morisma. En vano las cortes reunidas intentaron derrocar su privanza. El príncipe, hoy rey de Castilla tomó las armas contra su padre, yo le seguí, ardió la guerra civil, triunfó el favorito, y nosotros fuimos al destierro... Diez años despues, estando en Valladolid se oyó pasar debajo de las ventanas del palacio que habíamos, una fúnebre comitiva, un hombre cubierto con una túnica sórdida cabalgaba en una mula que llevaba del diestro el verdugo: un pregonero anunciaba al pueblo su muerte. Jamás se borrará de mi alma aquel

espectáculo. El pueblo maldecia á aquel infeliz, y con sus imprecaciones cubria el canto triste de los religiosos.

Don Beltran impacientado ya le interrumpió diciendo:

—¿Y que tengo yo que ver con esa vision?

—Era, contestó con voz solemne el marqués de Villena, un duque, un maestre de Santiago como vos; ¡don Alvaro de Luna!

Al mismo tiempo le volvió la espalda y se salió del terrero por el mismo punto por donde habia entrado.

Pensativo quedó don Beltran, pero mirando á las estrellas, conoció que serian ya cerca de las diez de la noche, hora en que le aguardaba la reina. Esta idea borró de su alma los tristes presentimientos que á su pesar habia suscitado en su alma su entrevista con el marqués de Villena.

## VII.

Los salones del magnífico alcázar de Segovia, adornados con una rara y exquisita suntuosidad iban á poblarse muy pronto de la flor de la juventud castellana llamada á celebrar el triunfo del rey sobre los confederados. Millares de luces esparcian en ellos una claridad que competia con los rayos del sol en un hermoso día.

Dos hombres habian llegado los primeros, magníficamente vestidos, paseábanse juntos hollando con silencioso paso las ricas alfombras que impedían resonase el eco de sus pisadas en aquel vasto recinto. Llevaba el uno sobre su riquísimo vestido de terciopelo negro, la banda roja signo distintivo del mas alto favor, y vestia el otro una hermosa armadura, llevando pendiente á la cintura una espada con un puño de oro cincelado, de rico y esquisito trabajo.

—Con esa espada de baile, mi querido capitán, ¿contais hacer triunfar nuestra causa? dijo don Beltran de la Cueva.

El capitán de los monteros reales sacando la mitad de la espada fuera de la vaina, respondió:—La hoja es excelente... de las buenas de Toledo, y aunque el puño os parezca frágil no dejará mal á mi brazo cuando llegue la ocasion.

—¿Están cumplidas mis órdenes?

—Yo mismo he colocado las centinelas, y dado la consigna, pero recelo...

—¿Temblais al aproximarse el riesgo?

—Nunca temblé en los campos de Andújar y Granada á la vista del moro, lo sabeis, señor, pero os confieso que una revolucion en el palacio me parece una temeridad, á no ser sostenidos por fuerzas imponentes, pues es preciso no engañarnos, el pueblo no está por nosotros...

—Hernando de Olea debe llegar de un momento á otro.

—Sin embargo, el atalaya del alcázar nada ha descubierto hasta ahora.

—Hay tiempo, dijo sonriéndose don Beltran: hasta la una no se ha de dar el golpe, y antes de esa hora ya habrá llegado Hernando. Ved aquí mis instrucciones, y al mismo tiempo entregó al capitán un pergamino.

—Yo haré que fuera de la ciudad, contestó el capitán, se las entregue el escudero Bernardo Ayala.

—Vigilancia sobre todo, añadió don Beltran, al redor del cuarto del rey, él es el centro de mi poder, y es preciso hacerlo inexpugnable, inaccesible á todos. Solo la reina y yo podremos entrar esta noche. El rey está demasiado quebrantado para poder asistir al baile; además su presencia seria un obstáculo á nuestros proyectos. En su cámara vela á su lado don Lope Barrientos, obispo de Cuenca, que por la prision del rebelde don Arias se ha encargado de esta iglesia.

—La seña Juana y Victoria, dijo el capitán bajan-



do la voz porque ya iban entrando algunos convidados, nuestros parciales guardarán sin afectación las principales salidas del salón en el momento de la sorpresa. Un lazo azul es el signo para reconocerlos: ved, allí van una porción de ellos, y al mismo tiempo señaló hacia un grupo que entraba en el salón.

—¡Bien, muy bien! vos, capitán, estad en todas partes, de cuando en cuando saldréis á ver si llega Hernando de Olea con los suyos: con todo mirad como lo haceis, no os echen de menos y conciban alguna sospecha.

—¿Y la hora?

—La una en punto. ¿Lo entendéis?

—Descuidad, al dar la una quedarán presos en esta sala doña Guiomar, el marqués de Villena; y en la ciudad el prelado de Toledo y los procuradores que no son de los nuestros.

Dado el golpe, el rey lo aprobará todo. Las cortes nos apoyarán.

Después levantando la voz, porque ya el salón se había llenado de máscaras, dijo:—Dios os guarde, capitán: y dirigiéndose inmediatamente á un grupo de damas, bien vestidos, dijo, señores, y vosotras, bellas que eclipsais con vuestra hermosura el resplandor de las luces, y de esas guirnaldas hermosas y frescas hace un momento, pálidas y místicas á vuestro lado. El baile os aguarda; que todo esta noche respire amores y placer. ¡Músicos! ¡la belleza ha dado ya la señal!

En aquel mismo instante los instrumentos músicos llenaron el aire de una suave y alegre melodía, y las damas formando parejas con los caballeros comenzaron el baile.

Poco á poco se fueron llenando los salones del alcázar de una multitud grave y silenciosa al principio, después risueña y animada, embriagada del placer de su propia vista.

Las damas mas bellas de Castilla, los ricos-hombres, los caballeros con máscara unos, con el rostro descubierto otros, pero todos ricamente vestidos, ofrecían un espectáculo deslumbrador de lujo y variedad. No sabía la vista donde fijarse en esas figuras movibles tan diversamente iluminadas, en esa multitud de creaciones las mas originales, y una profusión inmensa de cintas de todos colores, de oro, de frescos adornos y de mugeres mas frescas aun, cuadro mágico y encantador cortado en todas direcciones por las líneas negras, que trazaban los dominós que formaban como el fondo oscuro sobre el que resaltaban los ricos y brillantes colores.

A medida que los convidados se presentaban, todos cualquiera que fuese su nombre y condicion, amigos ó adversarios eran recibidos y festejados con igual gracia y amabilidad por el duque don Beltrán.

Un page anunció en voz alta la llegada de la reina. Cesó un momento el baile y todos saludaron respetuosamente á doña Juana de Portugal que entró en el salón, acompañada de doña Guiomar, y de todas sus damas. La reina venia rica y soberbiamente vestida, sus encantos escitaron en toda la inmensa reunion un murmullo de admiración, los ojos idólatras de su amante no podían separarse de ella.

—Continuad, dijo con la mas graciosa voz, mi presencia no debe turbar un momento vuestros placeres.

La música comenzó de nuevo, y las parejas volviendo á su puesto continuaron el baile. Los asistentes que se hallaban en el secreto de una ú otra de las dos conjuraciones admiraban interiormente con qué destreza procuraban adormecer á su enemigo antes de atacarlo: los que nada sabían al ver darse la mano afectuosamente á personajes que tenían por enemigos, juraban que una paz eterna, una verdadera reconciliación se había verificado en la corte hasta entonces tan cruelmente dividida.

Si la frente de doña Guiomar y de don Beltrán brillaban igualmente de placer, es por que el uno no espe-

rimentaba remordimientos engañando á una implacable rival, y la otra no tenía escrúpulo alguno en engañar á su enemigo. Ambos se creían seguros de una próxima victoria. Don Beltrán no aguardaba mas que la llegada de Hernando de Olea, y doña Guiomar una ocasión favorable para entrar en la cámara del rey. Tal era la doble esperanza que hacia palpitár su corazón.

Don Beltrán invitó á la reina á sentarse en un punto desde donde viese el baile, y alargándole respetuosamente la mano le dijo:

—Si V. A. me permite...

—Estoy temblando, le contestó la reina en voz baja apoyándose en su brazo.

—¡Serenidad, señora! el triunfo es seguro.

Y al mismo tiempo se dirigieron á uno de los salones donde varias parejas estaban bailando.

Doña Guiomar recorría en tanto con la vista toda la galería esperando encontrar en ella al mismo tiempo los que debían apoyar sus proyectos ó contrariarlos. En vano buscaba entre los primeros el marqués de Villena. En vano intentaba penetrar con sus ojos al través de los disfraces, y levantar con la idea las caretas que cubrían sus rostros, nada presentaba á su observación el aire bien notable del marqués. Su falta la tenía inquieta, desasosegada.

Don Beltrán que después de haber colocado en un puesto de honor á la reina, á pretexto de ir recorriendo los salones, iba examinando si sus disposiciones estaban bien cumplidas, llegóse á doña Guiomar, y con aire de galantería que no había vuelto á usar con ella desde la noche de la fatal cita en su cuarto la dijo:

—Hermosa doña Guiomar, ¿y vos no tomáis parte en nuestros placeres?

—Estaba, contestó, admirando tan magnífico festín.

—Vos sois su mas bello ornamento.

—Callad, duque, que alguien se aproxima, y al oírlos creerían que me estais enamorando.

Efectivamente, un hombre apareció entonces cuya pálida tristeza formaba un terrible contraste con la alegría general de los grupos, que se abrian para darle paso como si temiesen que los helase su contacto. Este recién venido vestía con la mayor sencillez y aun se notó ha cierto descuido en su traje negro enteramente, su paso, era lento, vacilante, sus cabellos en desorden caían sobre su frente en que se veía pintada la turbación. Era el marqués de Villena el que se presentaba así en la corte de Castilla después de una ausencia de dos años.

Llegóse delante de doña Guiomar, y quedó pasmado de encontrarla muy en conversacion galante con el duque don Beltrán de la Cueva. Iba ya á retirarse para sentarse en uno de los taburetes del salón, cuando habiéndole visto doña Guiomar que con tanta impaciencia aguardaba su llegada, le cogió de la mano y le presentó á don Beltrán diciéndole:

—Duque, os denuncio al marqués como un conspirador: pero un conspirador honrado, ya lo veis, conspira á cara descubierta.

Confundido quedó el marqués al ver tanta osadía.

—Si, añadió después con aire de la mas refinada coquetería, conspira contra nuestros placeres, ya lo veis, ese rostro, ese continente tan grave y severo es capaz de apagar la alegría de todas nuestras hermosas.

—¡Marqués! le dijo don Beltrán con amable sonrisa y tendiéndole amistosamente la mano. Estais condenado sin apelación, y yo no puedo revocar la sentencia de la reina del baile.

El marqués hizo un esfuerzo para responder, pero su lengua pegada al paladar apenas le dejó en voz balbuciente dar una excusa, y su mano estrechada por la de don Beltrán permaneció inmóvil, helada.

Tal vez don Beltrán hubiera podido descubrir algo en



la turbación del marqués, si él mismo no estuviese todo preocupado de las disposiciones de su temeraria empresa, y agitado por la tardanza de Olea. Aprovechó el momento favorable de despedirse, y salió fuera de los salones á ver si sabía algo.

Entonces doña Guiomar inclinándose al oído del marqués le dijo en voz baja—Poneos por Dios una careta, vuestra palidez nos va á vender, dadme el brazo, y daremos una vuelta por los salones. Nos están observando.

Comenzaron á pasear por las regias estancias del alcázar silenciosamente, después separáronse un poco de la multitud. Entonces doña Guiomar andando siempre le habló de todas las probabilidades con que contaba para el éxito de su empresa.

—Veis, le dijo, esas máscaras con un lazo amarillo, son nuestros agentes diseminados en todas partes con disimulo, y que en el momento convenido se apoderarán de las puertas para no dejar escapar uno solo de nuestros enemigos, su seña es *prontitud y Castilla*.

—Os declaro, contestó el marqués, y lo repito, sin una orden terminante del rey no haré nada. Cuándo la tendréis?

—Eso no os importa saberlo, es cabalmente mi secreto: estará en vuestro poder antes de la una.

—Pues entonces á esa hora quedarán presos, y á disposición del rey el duque Beltran; la reina doña Juana, y su desgraciada hija. Mientras la corte baila, el pueblo delibera.... Los procuradores del reino se han reunido instantáneamente, y nos prestarán un apoyo irresistible con su autoridad. Siento no haber podido aun ver al obispo Barrientos.

—Aun tenéis tiempo, pero mirad que el obispo no es de los nuestros.

—Toda la noche se ha de quedar velando el rey en su cámara.

—¿Quién os lo ha dicho?

—El oficial de la guardia.

—¡Cielos, mi plan se ha frustrado! exclamó doña Guiomar. ¡Todo se ha perdido!

—¡Todo se ha perdido! repitió al mismo tiempo otra voz á corta distancia de allí.

Estremeciéndose doña Guiomar, y volviendo la vista vió dos hombres que hablaban en voz baja, conoció al capitán de los monteros, y al duque don Beltran.

Este era el que había repetido después de ella. *¡Todo se ha perdido!* Gran miedo tuvo de haber sido descubiertos sus planes, pero mirando el rostro de don Beltran, se tranquilizó viendo que este no hacia caso de ella. La casualidad sin duda había producido el eco de sus pensamientos, ó tal vez la exclamación del favorito era efecto de alguna relación que el capitán acababa de hacerle, y en este caso no tenía tiempo que perder para llevar adelante sus designios. Se engañaba sin embargo: don Beltran no tenía aun ninguna sospecha, ningun indicio del complot tramando en su contra. A la gran confianza que tenía al principio de la noche, había sucedido la mas cruel inquietud, la tardanza de Hernando de Olea paralizaba todas sus disposiciones, podía frustrarlo todo.

Al mismo tiempo uno de los agentes de doña Guiomar hombre de aventuras, había sido conocido no obstante su disfraz y su careta, por una dama con quien sin duda había tenido relaciones y que incansable y tenaz le perseguía. —¿Qué demonio de muger! dijo escabulléndose entre la multitud, y logrando huir de su perseguidora. Yo creo que este maldito lazo amarillo es el que la hace perseguirme incansable, y la sirve de brújula para encontrarme entre tanta confusión! Al mismo tiempo vió en el suelo un lazo azul que casualmente había caído del brazo de una de las máscaras, y escondiendo en el pecho el amarillo, seña de los partidarios de doña Guiomar, dijo atando el lazo azul en su brazo—Vaya en su lugar este otro azul que la casualidad me ha de-

parado y que me ha de librar de la importunidad de esa muger.

El medio que adoptó le salió efectivamente bien, pero apenas había verificado el cambio del lazo, cuando otro máscara con un lazo igual se llegó á él y tocándole con el codo en medio de la multitud, y en voz baja y misteriosa pronunció estas palabras:

—*Juana y victoria.*

No eran estas las palabras de la consigna de doña Guiomar, y así nuestro hombre iba á manifestar su sorpresa, cuando su misterioso compañero sin darle tiempo para nada añadió:

—Sois Velasco, advertid á nuestro amo que el mensajero de Sepúlveda ha vuelto sin ver á Olea.

—¿De qué amo y de qué mensajero hablará? dijo para sí el máscara, pero disimulando le contestó: Si.... ya... ¿dónde encontraré yo al que debo comunicar este aviso?

—Allí junto á la puerta ¿no lo veis? al mismo tiempo señaló con el dedo al duque don Beltran que entraba tan preocupado que no reparó en doña Guiomar que se hallaba al paso. Encargaos, continuó, de prevenirselo, que yo me vuelvo á mi puesto.

—¿Dónde es vuestro puesto?

—En el pórtico del alcázar.

Comenzó á sospechar el agente de los confederados que el lazo azul era la causa de esta revelación y trató de descubrir terreno. Una palabra, dijo al máscara que ya se retiraba, ¿por qué no han visto á ese Olea de quien habláis?

—¿Y cómo lo he de saber yo? Estamos desesperados si no llegan á tiempo.

—¿Y qué falta hace?

—Eso digo yo: nosotros bastamos: ¿al fin de que se trata? de hacer dos prisiones.

—¡Ya!... ya... y quiénes son?

Un movimiento de sorpresa que hizo el partidario de doña Guiomar descompuso por un momento su máscara. Palideció el otro al ver su funesta equivocación.

—Cielos, dijo, ¿no sois Velasco? Quién eres, miserable? y al decir estas palabras cogiendo al falso hermano por el brazo trataba de llevarlo arrastrando consigo fuera del salón, pero los demás viendo dos máscaras que reñían se agruparon á su alrededor, y trataron de separarlos. El indiscreto conjurado se vió forzado á soltar su presa, corriendo á ocultar lejos de allí su confusión é inquietud.

Instruidos el marqués de Villena, y doña Guiomar de este suceso, la admiración de esta era estremada. Don Beltran que tan galán se mostraba con ella conspiraba á su ruina en aquel momento.

—Es preciso darnos prisa, dijo el marqués, dentro de una hora ó su ruina, ó la nuestra. Ah! yo lo había previsto todo, escepto que el obispo estaría fijo en la cámara real, y se convertiría en carcelero de Enrique.

—Yo sin su orden....

—Urge el peligro. Vuestra cabeza está comprometida. Obrad, marqués, yo os juro que el rey aprobará cuanto hiciéreis.

—¿Heme al fin envuelto á mi pesar otra vez en una conspiración! dijo el marqués con la mayor desesperación.

—Os va la vida en ello. Frustrado el golpe, que todos atribuirán á vuestra repentina vuelta, no os podéis justificar.

—Voy á salir del palacio, contestó Villena en tono resuelto, escitaré al pueblo, es el único medio de salvarme, y salvaros.

Separóse de doña Guiomar, y al salir del salón, don Beltran que se hallaba á la puerta, cogiéndole del brazo le detuvo con la mayor amabilidad.

—Marqués ¿dónde vais? le dijo, ¿tan pronto nos abandonáis?



—Iba á respirar el aire puro de los jardines del alcázar.

—Alguna cita.

—¿A mi edad! Duque os burláis?

—Tan lejos de eso que yo venia á proponeros una.

—¿A mi?

—Sí, el rey quiere veros, solo, ¿lo entendeis? á la una de la noche.

—¿A la una? preguntó sorprendido el marqués.

—A la una. ¿Dudáis? Tal vez os devuelva, marqués por segunda vez mi amistad el poder.

—Duque Beltran, á la una me vereis en la cámara del rey, dijo con tono firme el marqués y dándole la mano, salió del salon, y poco despues estaba ya fuera del alcázar.

La reina que á medida que avanzaba la noche habia visto desaparecer del baile á varios de los señores que se tenia por afectos á los confederados, acabó de alarmarse con la salida del marqués de Villena, llena de terror se dirigió á don Beltran que no estaba mas tranquilo que ella, y le dijo:

—Creo que se han apercibido del lazo que se les tendia. El marqués de Villena se ha marchado y temo su siniestra intencion.

—El marqués volverá, contestó don Beltran.

—En vano tratas de inspirarme una confianza que no tienes. Una muger lee fácilmente en el corazon del hombre que ama; y tus palabras que pudieron otro tiempo seducirme no son bastantes á tranquilizarme hoy, porque no salen de tu corazon; cuando te mire apartas de mi tu vista, distraído apenas me escuchas, tu pensamiento está muy lejos de aquí.

—Nuestros enemigos están delante de nosotros, van á combatir con mas encarnizamiento que en un campo de batalla: si, meditan tu pérdida, la mia y el amante de una reina si no vence á sus enemigos es criminal, y ya sabe lo que le aguarda... ¡el cadalso!

La reina hizo un ademán de profundo dolor, don Beltran continuó:

—La una va á sonar, señora, hora terrible, hora de muerte, ó de triunfo para nosotros. Entrad en vuestra cámara, el veros en peligro helaria todo mi ardor.

—Cuán cruel va á ser mi agonía, dijo la jóven reina toda temblando combatida por tantas y tan diversas emociones, un frío glacial corrió por todos sus miembros, flaqueaban sus rodillas, y apenas pudo dirigirse á su cámara sostenida en el brazo de su amante que para animarla la decia:

—No temas, yo voy á combatir por tu amor, por asegurar el trono á tu hijal

Era la hora mas animada del baile, la multitud daba vueltas bailando en un círculo inmenso, presentando á la vista una fisonomia ideal y confusa. En esas formas fugitivas que en tropel pasaban sin descanso y sin fin parecian desarrollarse las locas imaginaciones de una fantasmagoría infernal. El movimiento se aceleraba de instante en instante, y el ruido crecia como el zumbido del agua cuando hierve, todo parecia dar vueltas á la vez delante de los ojos del duque don Beltran, las bugias las ricas colgaduras del salón y los muros del alcázar: la hora fatal se aproximaba: la hora fatal llegó al fin:

Todo se conmovió repentinamente, callaron los instrumentos, cesaron las danzas, las puertas quedaron cerradas todas en un instante como por encanto, las máscaras arrojando sus disfraces blandieron furiosamente las espadas, y se oían los gritos de ¡viva la reina! viva el rey! — Apoderáronse varios de doña Guiomar sin resistencia ni lucha alguna, porque avisados con tiempo todos sus parciales se habian ido sucesivamente retirando de los salones, y salido del alcázar, gracias á la indiscrecion del conjurado que habia descubierto parte del plan.

—Quede presa esa muger criminal, gritó don Beltran, las enfermedades que afligen á nuestro buen rey, le hacen indispensable asociar á su cetro á su hija para cortar por siempre las agitaciones de Castilla. El me autoriza á proclamar á doña Juana reina de Castilla y de Leon. Saludadla, valientes caetellanos.

—Castilla por don Enrique IV y doña Juana I, gritaron entusiasmados cuantos se hallaban en los salones del alcázar.

—Las córtes del reino que se hallan reunidas, confirmarán mañana los votos del rey, y vuestras aclamaciones. Dentro de dos dias los procuradores del reino la rendirán su homenaje.

—¡Castilla! Castilla! por Enrique, y doña Juana! volvió á gritar la entusiasmada muchedumbre.

Un rumor sordo, terrible como el que precede al huracan, contestó porfuera del alcázar á las aclamaciones que se daban en el interior de él.

—¡Don Beltran! gritó llena de orgullo y brillando el triunfo en su frente doña Guiomar. Don Beltran! escucha el pueblo con quien no has contado. Oye sus voces aterroradas como el rugido del leon del desierto: él viene á demandarte cuenta de esa corona, que arrebatas de las sienes de un rey para colocar en las de tu hija...

El rumor se acrecentaba cada vez mas, yo no era rumor, era violenta, espantosa, tremenda gritería.

Don Beltran y sus parciales quedaron consternados. Doña Guiomar con aire insolente continuó:

—¿Oyes? si, es el pueblo... el pueblo... el solo levanta ó abate el trono de los reyes, no vosotros, viles cortesanos.

—¡Y Hernando de Olea que no viene! exclamó confundido don Beltran.

Asomóse á una de las ventanas que daban al pórtico del alcázar para ver la causa del tumulto, y al resplandor de las antorchas que llevaban los del pueblo, vió que inmensa muchedumbre de hombres armados combatian con la guardia del alcázar. En vano el capitán de los monteros puesto á su frente hacia prodigios de valor, el número arrolló á los soldados, penetraron en el alcázar por todas partes.

Doña Guiomar á quien los conjurados habian dejado ya en libertad, se retiró á la cámara del rey. Los parciales de don Beltran huyeron al interior del alcázar para salvar cada cual como pudiese su existencia: don Beltran permaneció solo un momento en aquellos salones donde pocos momentos antes era el idolo de todos.

El tumulto y la confusion crecia, por la parte de afuera, ya las voces se oían cerca de él: entonces desesperado, resuelto á morir, se retiró á la cámara de la reina dispuesto á servirla de escudo contra aquella turba frenética que invadia el palacio real y á perder por ella su existencia.

Solos quedaron por un momento los regios salones del festin, cuyas macizas puertas habian cuidadosamente cerrado los conjurados por don Beltran para que no escapasen sus enemigos. Aquellas puertas tan cuidadosamente cerradas cayeron al suelo rotas, hechas mil pedazos á los golpes de un populacho audaz que hollaba sin respeto la morada de sus reyes, capitaneado por uno de los mas nobles ricos-hombres de Castilla, el marqués de Villena. La inmensa turba se derramó por los salones que mil bugias iluminaban para un festin, y que alumbraron aquella escena de escándalo y rebelion.

El marqués de Villena con una hacha en la mano entró gritando:—¿Dó está? ¿Dó se esconde el que apenas cabia hace un momento en el alcázar de Castilla?

Dirigióse al mismo tiempo á la puerta de la cámara del rey cuya puerta se disponia ya á hacer saltar en mil pedazos con su hacha, cuando se abrió de repente, y el venerable obispo de Cuenca don Lope Barrientos presentándose solo, desarmado, deteniendo el brazo de don Juan Pacheco marqués, de Villena:





### ¿Qué vais á hacer? ¿Por qué ese atentado?

—¿Qué vais á hacer? le dijo, ¿por qué ese atentado? quereis eclipsar vuestra gloria derramando la sangre de vuestro rey!

El marqués de Villena bajó entonces su hacha delante del prelado, y los caballeros y las turbas del pueblo que le seguían imitaron aquel acto de sumisión.

—Jamás, respondió el marqués de Villena, la nobleza castellana manchará con sangre el trono. Queremos devolver al rey el cetro que un favorito le arrancaba ó que legalmente pase á su legítima sucesora.

—El rey está dispuesto, replicó el prelado, á abdicar en la princesa doña Juana. De hoy mas será nuestra reina.

—¡Nunca! exclamó con tono firme y decidido el marqués. ¡Nunca! La infanta doña Isabel es la sola heredera del trono de Castilla.

Un murmullo sordo pero enérgico de aprobacion confirmó las palabras de Villena.

Al mismo tiempo doña Guiomar salió de la cámara del rey y entregando un pergamino al marqués le dijo en voz baja:—He aprovechado los instantes: he cumplido mi palabra. Ved las órdenes del rey que os autorizan para todo, añadió despues en alta voz.

—Puesto que estais autorizado para todo por el rey, mandad marqués, y yo seré el primero en obedeceros, dijo el obispo Barrientos.

—El pueblo ha penetrado conmigo esta noche en el convento donde se hallaba la infanta doña Isabel. Los prelados y los ricos-hombres le han ofrecido la corona, dispuestos á sostenerla. Constantemente ha rehusado

aceptar interin viva su hermano don Enrique, á quien nos mandó obedecer como legítimo monarca.

El rey en cuyo pálido rostro se veía marcada la honda huella de largos padecimientos salió en este momento de su regia estancia. Todos se inclinaron respetuosamente en su presencia, y guardaron un profundo silencio.

Paseó el rey tristemente sus miradas sobre aquellas desenfundadas turbas silenciosas y sumisas en aquel instante, pero cuyas armas aun se veían teñidas en la sangre de los archeros de su guardia, y con voz débil y conmovida les dijo:

—¡Ricos-hombres! ¡Pueblo de Castilla! A vuestros procuradores toca decidir sobre la sucesion del trono que tantas agitaciones cuesta al reino. El cetro debía pasar á mi hija, pero no quiero que un dia se levante alguno de vosotros y mire una mancha en su corona.....

Despues de un momento de silencio, añadió:

—Don Beltran queda depuesto de todos sus honores, y condenado á muerte; ejecutadle luego, en la plaza del alcázar.

—En vano le hemos buscado por todas partes, gritó uno de los del pueblo.

—Hemos recorrido todo el alcázar, añadió otro.

—Solo falta ver en esta estancia, gritaron varios á la vez, dirigiéndose á la cámara de la reina.

Pálido y desconcertado salió á su encuentro el maestro don Beltran y echándole una mirada altiva y de desprecio,—Respetad, les dijo, la estancia de una reina, de una muger...



Llegándose despues al marqués de Villena.—Soy vuestro prisionero, le dijo, os devolví en Bribiesca el poder y el favor del rey, vos me lo arrebatáis con la vida en Segovia para que se cumpla lo que os predijeron los astros. Un favor, el último que tengo que suplicaros, y arrojándose á su oído pronunció con voz ahogada por el sentimiento estas palabras, cuando yo hubiere espirado entregareis á la reina esta cruz de oro!

El marqués de Villena apretó la mano de don Beltran con el mayor afecto, una lágrima se deslizó de sus ojos, y al verle marchar entre los soldados que le conducían á la muerte, exclamó lleno de dolor:

—He aquí una revolucion que va mas lejos de lo que yo queria. ¡Si pudiese aun salvarle! y despues como ocurriéndole repentinamente una idea, llamando al jefe de las fuerzas que habia acaudillado en la invasion del alcázar le dijo dándole sus órdenes:

—Don Beltran fué un tiempo mi amigo. Jamás quise sumuerte; solo pretendí su destierro: tal vez podrá aun renacer en el corazón del rey la piedad. Disponed que la sentencia se cumpla en la plaza del alcázar, allí... y al mismo tiempo se asomó con el capitán á una ventana que daba sobre la plaza; y dilatad su ejecucion hasta que yo os avise... Cuando yo abra esta ventana, ¿lo entendéis? esta ventana, entonces y no antes, que la cuchilla caiga sobre su cabeza!

Esta es la señal convenida! y al mismo tiempo cerró cuidadosamente la ventana.

El capitán marchó inmediatamente.

—Y bien, mi fiel Villena, dijo el rey despues de un momento de silencio viendo que aun permanecían allí inmóviles aunque en actitud respetuosa los ricos hombres, confederados, y las turbas de los pecheros ¿qué es lo que se exige de mí? ¿Cuál es la voluntad del pueblo?

—La guerra civil exige un término, contestó el marqués de Villena. Los ricos-hombres, los prelados, los pueblos de Castilla han visto con dolor, aunque no siempre sin revueltas, que V. A. ha gemido víctima del engaño, y la perfidia de un hombre á quien amaba, á quien con ciega confianza entregó su cetro. La sucesion del reino ha sido la bandera de la discordia. La irritacion de los ánimos ha producido en los campos de Avila y de Olmedo escándalos y desastres. Las cortes en su justicia han pesado los derechos de las infantas, y los del pueblo. Ni reconocen por reina á vuestra hija, doña Juana, ni á vuestra hermana doña Isabel, en tanto que vivais, y el cielo prolongue largos años vuestra existencia. Cuando fuere la voluntad de Dios, doña Isabel vuestra hermana ocupará el trono. Las cortes la juran por vuestra legitima heredera. Para su acostamiento se la entregarán en tanto las ciudades de Avila, Ubeda, y las villas de Medina, Olmedo y Escalona. Las cortes aprueban su enlace con el infante don Fernando, heredero del reino de Aragon, con la expresa cláusula y condicion de que este no pueda hacer por su propia autoridad y nombre nada en el reino, ni conceder cargo alguno á los estraños, ni se quebranten jamás los fueros de Castilla. En cuanto á la reina...

—¿Cuál debe de ser su destino?

—Implorará V. A. el beneplácito del papa para el divorcio, hecho esta la reina y su hija serán enviadas á Portugal. Dareis vuestro perdón á los confederados, y les serán restituidos los bienes, castillos, cargos y mercedes de que fueron privados.

—Así lo haré, contestó el rey haciendo un penoso esfuerzo.

—Las cortes han señalado, añadió el marqués, para el cumplimiento de estas condiciones el término fatal de cuatro meses.

Triste espectáculo, escándalo inaudito el que presentaba la magestad real avasallada por un puñado de rebeldes, que obligaron á su rey á aceptar las mas desgraciadas condiciones, y que alteraban el orden de suceder

en la corona, arrancando esta de las sienas de la hijade Enrique IV para trasladarla á las de su hermana.

El marqués de Villena que en aquel momento era el verdadero dueño de Castilla, puso término á esta humillante escena, mandando despejar el salón á los confederados.

Retiráronse estos, y quedó solo con el rey y doña Guiomar que parecia dispuesta á conservar su puesto, y que habia sido el alma de esta revolucion.

Doña Guiomar triunfaba completamente, habia aprovechado los cortos momentos que duró la lucha del pueblo con los guardias del alcázar, y bajo la impresion de el terror que inspiraban al rey los gritos furiosos de los confederados, y el ruido de los golpes que con horrendo estrépito hacían caer las puertas de las régias habitaciones, para revelar de golpe al rey toda su desgracia, para arrancarle las últimas ilusiones de su corazón, y hacerle firmar las órdenes que hipócritamente afectaba necesitar el marqués de Villena para apoderarse del poder.

El rey fijó sus ojos en doña Guiomar, conoció que á su venganza debia el humillante papel que acababa de representar, que el marqués de Villena habia sido llamado por ella, pues veia brillar en el dedo de su mano el fatal y misterioso anillo que imprudentemente, y sin creerla sabedora del secreto la habia confiado, y deseando vengar su afrenta en la única persona en quien podia en aquellos momentos:

—Saldreis, doña Guiomar, la dijo con rostro airado, inmediatamente de mi corte, vuestra presencia me recordaria sin cesar mi desgracia... vuestros funestos encantos han sido la única causa de mi desventura.

Quiso hablar doña Guiomar para hacer revivir en el corazón del rey su antiguo ascendiente, pero el marqués aprovechando hábilmente aquella ocasion de deshacerse de una enemiga peligrosa, cogiéndola con afectada cortesía del brazo, la acompañó fuera de la estancia real, persuadiéndola que no era aquel el momento oportuno de aplacar el enojo de Enrique, irritado por muchas causas á la vez. Encomendó al salir del salón á uno de sus mas fieles parciales que sin perder de vista á la favorita desgraciada la hiciese salir inmediatamente de Segovia para uno de sus castillos en Andalucía.

Quando el rey quedó solo, se encaminó con paso lento á la cámara de la reina, que ya por sus damas sabia el triunfo de sus enemigos y la condenacion de don Beltran.

Encontróla el rey sola en su régia estancia, pálida, abatida, arrasados sus ojos de ardientes lágrimas, silenciosamente sentada junto á la cuna de su hija, inclinado su rostro contemplando sus inocentes facciones: su hija eratodo su consuelo en aquellos terribles instantes, era el solo vínculo que la ligaba á la vida.. Mañana todo su amor se concentrará en esa niña. Esta noche aun, esta noche solamente su pensamiento entero se ocupa del que va á morir.—Perdona, hija mia! decia en su interior, su nombre sale antes que el tuyo de mi corazón y de mis labios; pero tú aun me oirás hablarte, aun me verás, no sonreir como otras veces, sino llorar.... la luz de tus ojos no va á extinguirse, ni tu boca va á cerrarse para siempre, mi ternura, mi amor no te será fatal, y el remordimiento de haber causado tu muerte, no tenderá una sangrienta sombra sobre el resto de mis dias. ¡Oh hija mia! si tú pudieses en tu tierna edad comprender la falta de tu angustiada madre, tú se la perdonarias al ver su angustia, su dolor, su sufrimiento.

Tales pensamientos ocupaban á la infeliz Juana de Portugal que sobre la cuna de su hija permanecía inmóvil, abatida, anonadada por el mas cruel pesar.

Oyó repentinamente pasos cerca de sí, y se estremeció, alzó los ojos y vió delante al rey.

Helada de terror por esta repentina aparicion, se levantó apoyándose sobre la cuna para no caer desfalle-



cida, y solo pudo esclamar con voz sofocada por los gemidos:

—¡Enrique!

—¡Sí, yo soy, respondió el rey con voz sorda, yo soy! La reina ocultó el rostro con sus manos sin poder hablar ni una palabra.

—¡Acercaos, señora, acercaos, todo lo he sabido!

La reina se arrojó á sus pies, humillando en su presencia la cabeza, sus largos y hermosos cabellos cayendo sobre su rostro lo ocultaban á las severas miradas de su juez.

—Levantaos, la dijo el rey con tono firme, y miradme. ¡Qué! ¿permaneceis inmóvil? tan osada para cometer un crimen, y tan tímida ahora! Miradme os digo, ¿no os atreveis? ¿Temeis encontrar mis ojos irritados, y que mi mano se arme del hierro vengador?

Un hondo gemido salió del pecho de la reina, que permanecía arrodillada á sus pies.

—Cuántas veces, añadió el rey con amarga sonrisa, en vuestras horas de alegría y abandono os habreis burlado de mí. No sabrá nada, diriais, no podrá vengarse!

—¡Oh! matadme, señor! gritó la reina desesperada arrastrándose á sus pies, matadme y no me habéis así!

—Dios mío, continuó el rey sin atender á ella, confianza, amistad, amor, los juramentos mas sagrados, todo ha sido una burla!

—¡Ah! ¿las lágrimas y los remordimientos no podrán alcanzar vuestro perdón? gritó ella juntando sus manos.

—Sí, hoy llora una muger y se confiesa culpada, porque tiene miedo; pero ayer tambien lo era y no lloraba. ¡Infeliz! añadió despues en tono mas grave y solemne, y cogiendo de un brazo á la reina la levantó del suelo. ¿piensas acaso que yo he venido aqui para ver correr tus lágrimas, para contemplar tu mortal palidez? No, una fuerza irresistible me ha arrastrado hasta aquí, una idea horrible, que no sé como espresar....

—Decidlo todo, respondió la reina bajando la cabeza.

Soltó el rey el brazo de doña Juana, y despues colocando sus dos manos sobre su frente como para recoger cuanto le restaba de energia y de inteligencia, temblando con la incertidumbre del hombre que apenas se atreve á manifestar una sospecha, de miedo de verla confirmada articuló pausadamente estas palabras:

—Esposo crédulo yo tenia confianza en ti, porque tu rostro estaba tranquilo, y pura tu frente, ¿pero sé yo acaso desde cuando la idea del crimen ha penetrado en tu alma, desde cuando no me amas, ó si no me has amado nunca?...

Detúvose aquí el rey queriendo leer con sus ojos en el rostro de la reina. —¿No me comprendéis, señora?

—No, respondió con la mayor ansiedad.

Hizó el rey aun un nuevo esfuerzo y continuó con voz convulsiva.

—Hace seis años cuando yo traje conmigo á la corte á ese hombre fatal, él brillaba por su juventud, por su hermosura.... y yo me hallaba débil, achacoso como hoy, qué contraste á los ojos de una muger! ¿No me comprendéis aun?

—No, respondió la reina con acento de desesperacion.

Entonces el rey mirando fijamente á la reina, agitando todo su cuerpo con un temblor convulsivo, y poniendo uno de sus brazos sobre la cabeza de su culpable esposa parecia que la iba á confundir al tiempo de dirigirla estas fulminantes espresiones.

—Mi corona debía pasar á mi hija, pero Castilla entera, las cortes del reino han declarado, señora, que no lo es: van á jurar mañana por heredera de mi trono á mi hermana la infanta doña Isabel. ¿Qué deberé res-

ponderles? «Tomad y matad la carne y la sangre de esa muger. No me pertenece».

La infeliz reina dió un grito terrible y cayó al suelo.

—¡Ah! dijo el rey ¿me comprendes ahora?

Al cabo de algunos instantes la reina se levantó, se recogió en silencio mientras que separaba sobre su frente sus cabellos en desórden, despues volvió lentamente hácia el rey los ojos llenos de una dolorosa compasion.

—¿Cuánto os compadezco, dijo, cuánto habeis debido sufrir! os perdono el golpe con que habeis herido mi corazon. La madre espia cruelmente las culpas de la esposa pero por amor á vos mismo desechad, señor, esa horrible sospecha. La intriga, la calumnia, la ambicion de los que intentan medrar mudando la corona á las sienes antes de vuestro hermano Alfonso, hoy á las de doña Isabel han propalado y acreditado por Castilla esa mentira. ¡Ah! ¡pongo por testigo á Dios! lo juro por mí, por vos, por esta pobre niña, que mi crimen acusa, y si es preciso descender á la ultima humillacion lo juro tambien por la cabeza de un culpable.....

Hubo un tiempo, señor, que yo recuerdo sin rubor, en en mis pensamientos castos y puros me hicieron digna de llevar el nombre de esposa vuestra! Entonces ya palpitaba en mi seno vuestra hija! Si, vuestra hija. Recordad vuestro desvío, el abandono en que me dejasteis. Dios mío! ¿qué podré deciros? Yo no tengo mas que lágrimas para persuadirlos. Despues como inspirada de una repentina idea, tomando de la cuna su hija, ¡Oh! despiértate hija mia, dijo, qué no pudieses hablar! tu desgraciada madre no puede defenderte, trata de reanimar en su alma los sentimientos de la naturaleza, trata de que renazcan en los latidos de su corazon, y si nada siente ya en el fondo de sus entrañas, no nos queda á ambas mas que morir.

Al hablar así tenia su inocente hija entre sus brazos y la presenta al rey, este volviendo la cabeza, hizo un brusco movimiento para alejar de sí á la madre y á la hija, pero la madre desolada insistia en presentársela. En este movimiento la cabeza de la inocente niña tropezó violentamente contra el ángulo de un gotico sillón. La niña dió un grito, la sangre corria de su frente.

El rey volviéndose entonces vió aterrada á la madre, herida á la hija, y le pareció que cada gota de sangre que destilaba de su frente se escapaba de su corazon; el llanto de la niña penetraba hasta el fondo de su alma.

Sospechas, orgullo, celosa venganza todo se habia desvanecido en un momento. Ocupáronse ambos solo en cuidar á la inocente criatura herida involuntariamente. La muger culpable, el esposo ultrajado olvidaron al rededor de la cuna de la inocencia por un instante el abismo que los separaba, y sus rostros se confundieron sobre el rostro de su hija. El golpe era leve, la sangre no procedia sino de la piel ligeramente rozada.

El marqués de Villena que volvia de haber arreglado el destierro de doña Guiomar, entró en este momento, y su corazon á la vista de esta escena concibió la esperanza de poder salvar aun al que sobre la plaza del alcázar aguardaba de un momento á otro la muerte.

El rey y la reina permanecieron por algunos instantes sin hablarse. La reina habia encontrado en su juez una indulgencia que no esperaba, sin embargo permanecia siempre en actitud sumisa y suplicante, la dominaba un sentimiento mas fuerte que el temor.

El marqués quiso sacarlos de tan penosa situacion, y aprovechar los momentos, que eran urgentes, terribles para don Beltran, pues en cada instante podia perderse una eternidad.

—El día de hoy, dijo Hegándose al rey, eterno para el pueblo castellano, debe pasar á la posteridad sin mancha alguna de sangre. Que don Beltran lejos de



su patria espíe con su dolor sus crímenes, concededle la vida!

La reina juntó sus dos manos con una actitud indefinible de ansiedad y temor.

—Ya lo he condenado, contestó el rey, el honor de mi trono exigía la pronta muerte del hombre que tan vilmente me ha engañado, á quien tanto amé, y á quien tal vez haría gracia de la vida, si aun fuese tiempo y me fuese dado perdonarlo.

—¡Ah! perdonadlo señor!... perdonadlo, y al mismo tiempo cayó de rodillas la reina á los pies de su esposo.

—¡Levantaos! gritó el rey lleno de ira.

—No... no me levantaré sin que me concedais su vida. Cómplice de su mismo delito, de la misma traición, tengo un deber en implorar su gracia. Dios podrá perdonar mi debilidad á fuerza de arrepentimiento... pero cuando me pida cuenta de la vida de un hombre ¿qué le responderé?

—Piedad, señor, dijo el marqués de Villena uniendo sus ruegos á los de la reina. ¿Cuántas veces habeis hecho gracia á grandes criminales? Al miserable incendiario, al traidor, al asesino, se le concede recurrir á la bondad del rey, pues bien, tratad á ese culpable que personalmente os ofendió, como al último de los hombres, olvidad que es vuestra la ofensa. Vengaos como un rey, perdonando, como un rey todopoderoso. El destierro en lugar de la muerte: la muerte sería poca pena para ese infeliz porque sería momentánea, dejadle una vida de remordimientos, y la vergüenza de que la deba al que tanto ofendió.

No entregueis como vuestro padre al verdugo, al que un tiempo fué vuestro amigo. Entregadle al desprecio de la posteridad. No olvideis que la compasión que sigue inmediatamente á la ejecución del criminal, hace olvidar á la multitud el crimen. Don Alvaro de Luna debe tal vez á su suplicio la consideración de que hoy goza su memoria.

Un violento combate trabaron en el pecho del rey, el deseo de venganza, la memoria de la amistad pasada, y las poderosas consideraciones que le esponsorio el marqués de Villena.

—Basta.... Basta, dijo, suspended vuestros gemidos y enjugad vuestro llanto. Despues añadió con aire melancólico, y meneando la cabeza: tal vez me tendreis por un imbécil á quien entenece lo que debería mas inflamar su colera, no se dirá de mí lo que de mi padre, que el que fué su amigo pereció en el cadalso. Alzad del suelo, señora! Esta es última vez que os veré en esta vida, procurad por vuestro arrepentimiento haceros digna de verme en la otra. No penseis mas en mí. Me habeis cubierto de oprobio á los ojos del mundo. Llevad con vos vuestra hija, y educadla en la virtud.

Y despues volviéndose al marqués, y como haciendo un gran esfuerzo, le dijo:

—Que suspendan la ejecución.

La reina por un impulso que no fué dueña de reprimir, exclamó:—Voy á salvarle, y saliendo de su cámara, corrió al gran salón dirigiéndose á la ventana que daba sobre la plaza del alcázar.

El marqués lleno de terror viendo que su misma precipitación por salvar al infeliz don Beltrán iba á apresurar su muerte, salió corriendo tras de la reina, gritándola en vano:—Deteneos! deteneos!

La reina sin escuchar nada, abrió la ventana para gritar:—perdon! pero antes de haber concluido de pronunciar esta palabra, oye el ruido que la cuchilla causaba sobre un tajo, y cayó al suelo desmayada, porque sus ojos habían visto repentinamente caer la cabeza del hombre que ocupaba todo su corazón.

El marqués de Villena, quedó inmóvil, consternado, y solo pudo levantando las manos al cielo, decir al rey, que con piso tardo salía al salón.

—¡Justicia divina! su mismo amor le ha asesinado.

## VIII.

Reconocida la infanta doña Isabel por heredera del reino, ajustado su matrimonio con el príncipe don Fernando, hijo del rey de Aragon, vueltos á sus antiguos cargos los ricos-hombres confederados, y nombrado el marqués de Villena, gran maestre de Santiago, la tranquilidad se restableció en todo el reino, y solo se pensó en el matrimonio de la infanta doña Isabel. La reina doña Juana separada de su marido, fué confiada á la guarda del arzobispo de Sevilla que la puso en su castillo de Alaejos, y la princesa doña Juana fué encerrada en el castillo de Buitrago al cargo de don Pedro Baeza, uno de los hombres mas honrados de aquella época, y de una fidelidad incorruptible, que conservó el depósito que se le habia entregado despreciando todos los honores y riquezas que le ofrecieron los infantes doña Isabel y don Fernando que á toda costa trataban de apoderarse de aquella niña, sin cuya posesión no juzgaban seguro el heredar el trono de Castilla. Grandes obstáculos se suscitaron por parte del rey y de los mismos grandes para llevar á efecto el matrimonio de Fernando y de Isabel. El duque de Berry, príncipe de Francia, Alfonso de Portugal, ya viudo solicitaron su mano, pero Isabel declaró que esta con su corazón solo pertenecería á don Fernando de Aragon segun los pactos hechos.

El mismo marqués de Villena, autor de los trastornos anteriores de Castilla, se oponia ya al matrimonio. Concertados doña Isabel y don Fernando, diéronse una cita, y escapándose de Segovia una noche ayudada de algunos fieles criados la infanta doña Isabel, se fué á Valladolid, y desde allí pasó á la villa de Dueñas que era de don Pedro Acuña, conde de Buendía, hermano del arzobispo de Toledo. El infante don Fernando de Aragon aunque ocupado entonces en la guerra de Cataluña, marchó á Zaragoza y desde allí disfrazado y sin mas acompañamiento que cuatro caballeros amigos suyos pasó á Castilla, llegó á Dueñas y se desposó y veló con la infanta. Tenia don Fernando solo 16 años, permaneció seis dias con su esposa y luego se tornó á Aragon escribiendo al rey, á los grandes de Castilla y al papa, que habian apresurado sus bodas para desbaratar las tramas de sus enemigos. Villena viéndose burlado en sus planes escitó al débil Enrique á que declarase por un juramento solemne la legitimidad de su hija doña Juana, la Beltraneja, y la proclamase heredera de su trono, y entablaron para sostenerla negociaciones con Alfonso de Portugal á quien prometieron su mano.

La reina desde su destierro no se descuidaba en ganar parciales para su hija. Trató de hacerse con el poderoso auxilio del arzobispo de Toledo que habia sido su mas mortal enemigo y lo consiguió. La reina era joven, bella y llena de gracias. El grande historiador Mariana dice:—*Una noche con ayuda de Luis Mendoza se fugó del castillo en que la tenían y se fué á Buitrago á verse y tratar con su hija. El sentimiento del arzobispo de Sevilla que la tenía encomendada fué grande. En el tiempo que estuvo detenida, parió dos hijos, á don Fernando y á don Apóstel: tiénese por averiguado que secretamente los criaron en Santo Domingo el Real, monasterio de monjas de Toledo. Tomó la prelada de aquel convento ese cuidado por ser pariente de don Pedro Acuña, conde de Buendía, padre de aquellas criaturas, que era tambien deudo del arzobispo.*—El rey don Enrique murió en 1474, y á su muerte sucedieron los mayores desórdenes en Castilla, pues al morir don Enrique dejó por heredera á su hija doña Juana. Murió el rey en Madrid consumido de pesares y enfermedades estando tan flaco su cuerpo que refieren las crónicas de su



tiempo que sin embalsamarlo lo llevaron a enterrar al monasterio de San Gerónimo de Madrid.—*Fué este príncipe, dice el Padre Mariana, en ninguna cosa notable mas que en la manera torpe de su vida, en su descuido y flojedad, faltas con que desdoló mucho su reinado.*

La corona de Castilla fué disputada por las dos princesas rivales, la infanta doña Isabel y la Beltraneja, sostenidas ambas por un numeroso partido. Varios miembros de la grandeza acompañados del arzobispo de Toledo prestaron homenaje en Segovia a la nueva reina doña Isabel. El marqués de Villena, y otros abrazaron el partido de la Beltraneja. El arzobispo de Toledo mismo llevado de agravios que supone personales pero en realidad escitado por su pariente que habia obtenido el amor de la reina doña Juana, y mas que nada por no haber hallado bastante deferencia en la reina doña Isabel que queria reinar por sí sola, abandona su causa, y arroja el peso poderoso de su autoridad en favor de su competidora. Inclínase merced a su apoyo un momento la balanza en favor de la abatida y despreciada Beltraneja. Colócase al frente de un formidable ejército y cuenta con el apoyo de casi todos los ricos-hombres de Castilla.

El rey de Portugal cuya ambicion no cede en nada a los principales personajes de esta época, aceptó la mano de la Beltraneja y entra con un ejército en el territorio de Castilla para hacer valer sus derechos.—Llegado a Plasencia realiza su casamiento con esta princesa, cuya ceremonia se verifica a presencia de algunos de aquellos confederados que algun día tanto disputaron su legitimidad. Con obstinacion se hizo la guerra por dos años. El conde de Benavente que permanecia firme en los principios que le animaron en tiempo de los confederados tomó el mando de las tropas de doña Isabel, y apesar de la superioridad numérica de los secuaces de la Beltraneja, los cuales habian penetrado hasta Peñafiel, los atacó junto a Valtana, pero fué derrotado teniendo que ceder el campo. Don Fernando acudió desde Aragon a defender el trono de su muger y por fortuna logró batir a los portugueses en Toro, y desde entonces cam-

bió enteramente la faz de los negocios. La Beltraneja huyó con el rey de Portugal, y como ya no tenia este que esperar la corona de Castilla, y ademas el papa no habia dispensado el parentesco que impedia el matrimonio, antes bien lo declaraba nulo, desistió de sus pretensiones, y la infeliz Beltraneja, despues de una vida de pesares y desdichas tomó el velo de religiosa en el convento de Santa Clara de Coimbra. Restableciöse prontamente la tranquilidad.

Pocos dias antes de la derrota de el ejército de la Beltraneja murió en Madrid su madre doña Juana. Muchos cronistas de aquella época dicen que con secreto y con engaño le hizo dar veneno su hermano, el que no queria hallarse con ella en la corte cuando fuese rey de Castilla. *Alonso Paletino se inclina á esto, dice el Padre Mariana, y añade corrió la fama que murió de parto. Tal es la inclinacion natural que tiene el vulgo de echar las cosas á la peor parte y mas infame.*

Está enterrada en la iglesia de San Francisco el Grande de Madrid: en un túmulo de marmol blanco, que aun se ve con su letrero junto al altar mayor. En el momento de su muerte la encontraron sobre su pecho una pequeña cruz de oro. Era la que otro tiempo habia dado al gran maestre don Beltran, y que Villena la habia devuelto la noche fatal del baile del alcázar de Segovia al volver en sí de su desmayo, despues de haber abierto la ventana del salon...

Doña Guiomar murió al año en un castillo en Martos; desgraciadamente un día que estaba asomada a la ventana la atravesó una aguda flecha el corazón. Ignórase si fué una casualidad de que se sirvió la justicia divina, ó una calculada venganza de alguno de los parciales de don Beltran, ó de la reina.

Un año despues de restablecida la paz, el de 1479, el rey don Fernando heredó por la muerte de su padre el reino de Aragon. Desde esta época importante los reinos separados de Castilla y de Aragon, permanecieron para siempre unidos y se confundieron bajo el título de reino de España.

JOSÉ MUÑOZ MALDONADO.

## GLORIAS DE ESPAÑA.

### LA CORTE DE D. JUAN II.

#### I.

«Viene muchas veces, que cuando el rey muere, finca niño el hijo mayor que ha de heredar, é los mayores del reyno contienden sobre él, quien lo guardará hasta que haya edad. E de esto nascen muchos males; ca las mas vegadas, aquellos que le cobdician guardar mas lo facen por ganar algo con él, é apoderarse de sus enemigos, que no por guarda del rey ni del reyno.»

Estas memorables palabras de las leyes de partida, palabras que por desgracia de nuestra patria ha comprobado una triste experiencia en las minorías de los reyes, no pueden aplicarse con la misma exactitud a la minoría de don Juan II de Castilla, acaecida por el prematuro fallecimiento de su padre don Enrique III el doliente. Tuvo este previsor monarca cuidado de asociar a la reina viuda como regente del reino a su hermano don Fernando, cuya fidelidad al rey niño, sin duda conocia bien a fondo. Cuando los grandes y orgullosos magnates

del reino abatidos por don Enrique, quisieron vengar en el hijo la conducta del padre; cuando ansiosos de revueltas a cuya sombra aumentasen sus intereses a medida de su ambicion, vinieron ellos mismos a ofrecer la corona al infante don Fernando, presentó este al mundo un bello ejemplo de moderacion y de virtud, rehusando la soberania de que ciertamente era muy digno. Aquel príncipe de singular prudencia, en la flor de su edad y con los títulos de *grande* y de *héroe* adjudicados por aclamacion, acreditó cuan bien los merecia, reprendiendo con entereza la deslealtad de los poderosos de Castilla y diciéndoles:

—No tengo mas codicia de honores y de mando, que tener en guarda al rey niño muy lealmente, é hacer en pro y honra del rey y del reino, aquello que soy obligado por mi juramento y leyes antiguas.

En esto vosotros á fuer de homes honrados habeis de seguir mi ejemplo toda la vida.

Lo cumplió conforme lo dijo, y si coronado por rey en Aragon, mas por sus méritos que por su derecho de parentesco, llegó a dejar casi del todo el gobierno de Castilla, fué aumentando este reino con la terna de Antequera y haciéndole ser respetado por sus afortuna-



das empresas en la guerra. Si después el reinado de don Juan II no fué de los más felices para Castilla, atribuyase al favoritismo, á la ambición y desavenencias de los grandes descontentos, y nunca á los gobernadores durante tan larga minoría ó á la exagerada incapacidad del rey para el gobierno. Ciertamente es que el monarca se distraía demasiado de los negocios públicos, por la estremada afición á la literatura, que tuvo desde sus primeros años. Con su ejemplo, pues el soberano era poeta, y con su protección, puesto que dispensaba su familiaridad amistosa á los ingenios más esclarecidos, se dió un impulso vital á la literatura, restaurando la poesía y escribiéndose ya la prosa castellana con gala y lozania. En la corte galante de don Juan II, establecida ya en Medina del Campo, ya en el antiguo alcázar de Segovia, se verificaron competencias literarias y florecieron ingenios que han dado mucho esplendor á las letras castellanas. Tales fueron entre otros varios *Fernán Pérez de Guzmán*, *Juan Rodríguez del Padrón*, *Juan de Mena*, *don Íñigo López de Mendoza*, marqués de Santillana, el sentido *Jorge Manrique*, el arzobispo de Burgos *don Alonso de Cartagena*, el malaventurado amante *Macías* y su señor el marqués de Villena. Las composiciones, la celebridad y aun la categoría de algunos de estos aventajados ingenios, acreditaron y estimularon de tal modo el estudio de la bella literatura, que haciéndole florecer en aquel siglo, dió muestras de lo que había de ser en el siguiente, cuando la España fuese la potencia dominante de Europa. El reinado de don Juan II si no es memorable por los grandes acontecimientos en la guerra, que tanto llaman la atención durante el dominio de otros reyes, lo es mucho, cuando se considera que fué la época de mayor engrandecimiento para la literatura castellana en toda la edad media.

Las composiciones de los célebres ingenios y los armoniosos cánticos de trovadores, solo se escuchaban cuando lo permitía el apaciguado estruendo de las armas. Los beneficios que son consiguientes á la paz solo se gozaban en los intervalos de la lucha civil que sostenían las facciones que intentaban á toda costa prevalecer en el reino, y los grandes que pretendían influir en el ánimo del monarca. A uno de estos tan cortos como venturosos periodos de prosperidad pública, pertenece la brillante y caballeresca escena que vamos á referir

## II.

En los espaciosos salones del alcázar de Segovia y bajo las altas bóvedas trabajadas con labores de oro del gusto gótico arabesco, se reunían y paseaban una mañana del año de 1451, cuantos magnates, caballeros, capitanes y personas de su posición, componían la corte del rey don Juan II de Castilla. Sus tropas, invencibles á la morisma, acababan de conseguir la victoria de la *Higuerita* debida en gran parte á la presencia y esfuerzo del monarca, y este triunfo obtenido sobre los verdaderos enemigos de la España había sido el mejor lenitivo para los males de una nación trabajada por eternas contiendas domésticas. Por eso la victoria había sido recibida con tanto entusiasmo y por eso toda la corte concurría á felicitar al monarca, de vuelta de su expedición, y por eso mismo ofrecía tan magnífico espectáculo el alcázar, en cuyas salas se disputaban la preferencia la seda, el terciopelo y el tisú de oro. Nunca se había visto en la corte una concurrencia tan numerosa: allí formaban corrillos los cortesanos con trages recamados de oro y airosos plumajes, para discurrir amistosamente de los asuntos de la guerra ó escuchar alguna trova, mientras que graves y silenciosas solían cruzar algunas damas de rasgados ojos negros, con el traje y altivo porte de que nos dan una idea las pinturas antiguas. Los señores tam-

bien, aunque habían cambiado la pesada cota por la ligera seda, ostentaban siempre aquellas frentes graves y austeras de castellanos, que ni se alteraban á vista del peligro, ni se desarrugaban con el regocijo de la paz. Había entre los cortesanos, uno á quien todos ellos acataban sobre manera, mientras que él, recibiendo los saludos con aire orgulloso y protector, manifestaba bien la privanza que obtenía con el monarca, que le había casi abandonado el poder. Este favorito era el condestable *don Alvaro de Luna*, que hallándose entonces en todo el apogeo de su gloria, estaba muy ageno de creer que su cabeza rodaría después bajo la cuchilla del verdugo y que su cuerpo quedaría abandonado al que de merced quisiese darle sepultura. El único salón donde el gentío no había penetrado, era el peculiar del monarca para actos solemnes, sin que hubiese en él, mas alma viviente que los centinelas de la guardia de honor; pero tan inmóviles como las estatuas de los reyes de Oviedo, Leon y Castilla que estaban y aun duran colocadas sobre la cornisa de aquel suntuoso recinto.

Apareció al fin el rey don Juan, abriéndose paso entre los obsequiosos cortesanos, y acompañado de la reina su esposa, del príncipe don Enrique, de las damas y de los inmediatos servidores de su persona, fué á rodearse de todo el prestigio y emblemas de su soberanía bajo un elegante pabellón bordado de castillos y leones de oro. No bien se había acabado de solemnizar su presencia, cuando se permitió la entrada en el salón á varios caballeros, que inmediatamente fueron reconocidos por ser los extranjeros que acababan de llegar á Segovia, con intento, según se decía, de proponer una empresa delante del rey. En efecto, adelantándose el que parecía jefe de la cuadrilla hizo su acatamiento á don Juan y le habló en estos términos:

—Muy poderoso y esclarecido señor: yo soy *Micer Roberto*, señor de Balse, en los distantes climas de Alemania. Ansioso de gloria y aviniéndome mal con la holganza y regalo de mi país, salí de él en busca del peligro y de los hechos de ventura. Noticioso de la gentileza y esfuerzo de vuestros caballeros, enderecé mi camino á esta corte solo por medir mis armas con ellos, considerando que de tal empresa, me resultaría prez muy cumplida.

Vuelto luego hacia los caballeros, continuó:

—Con el beneplácito de su alteza, si alguno de vosotros ó todos á su vez, quieren romper lanzas conmigo, yo lo tendré á gran merced.

Acto continuo arrojó un guante á las gradas del trono, mas apenas había tocado la alfombra que las cubría, cuando cayeron junto á él los guantes de otros varios caballeros presentes, siendo dificultoso conocer cual había sido el primero. Estorbó la contienda que pudiera haberse originado, el animoso joven conde de *Mayorga*, don Juan Pimentel, primogénito de la casa de Benavente. En vez de arrojar su guante entre los otros, cogió del suelo al de el alemán á quien dijo:

—Si el rey mi señor me otorga su permiso, lo que tarde en tomar las armas, tardaré en quedar satisfecho, señor caballero.

Miró el rey sonriendo al intrépido mancebo, tomó el guante de sus manos y devolviéndoselo al caballero alemán le habló así:

—Señor de Balse, ya había llegado á nos la fama de vuestras proezas, y mis honrados caballeros, como veis, ansían competir con persona de tal merecimiento. A parage vinisteis donde vuestros deseos quedarán cumplidos asaz. Yo huelgo de ello; pero el contentamiento en que agora nos hallamos, no permite se lleve la pelea á todo trance de muerte. Las armas cortesanas ó embótadas bastarán á decidir quién es mejor caballero, en el combate que yo presenciare, señalando el día y la hora en



que si Dios fuere servido, se ha de verificar á vista de estos mis alcázares.

## III.

Un espacioso palenque estaba formado al pie de la murallas del Alcázar de Segovia, y hacia el río Eresma cuya frescura mitigaba algún tanto los ardores de una calorosa tarde. Casi toda la ciudad se había despojado para contemplar con admiración el orden de la liza, el tablado para la familia real, adornado con franjas, tapetes y colgaduras, y embellecido aun mas con los magníficos trajes de las personas que le ocupaban. Había además palcos engalanados para las personas de distinción, que habían de presenciar el torneo, y en las dos estremidades del palenque se levantaban dos vistosas tiendas de campaña con banderolas de colores. De ellas habían de salir armados los dos campeones cuyos escudos estaban colgados á la entrada. Al rededor de las tiendas se hallaban los pages y escuderos de los dos competidores: los heraldos con sus vestidos simbólicos y con trompetas en las manos, estaban á la entrada de la liza, y los maestros de ceremonias cuidaban de que las personas convidadas fuesen ocupando el sitio que les correspondía por etiqueta. Había además gradas de madera para la generalidad del pueblo y sitios de descanso, para los caballeros que acudiesen á tomar parte en la lid, ó á ser meros espectadores. Muchos había allí, desplegando toda su magnificencia en lujosos trajes y brillantes armaduras; como que aquella fiesta iba á recordar los buenos tiempos de la caballería española todos querían hacer palpable que no habían degenerado del valor ni de la magnificencia de sus abuelos. Al ver los colores de las bandas y penachos de los jóvenes caballeros, no era difícil adivinar la señora de sus pensamientos, buscando aquel color favorito en las bellas damas que ocupaban la primera fila de las galerías. Grandioso espectáculo presentaba todo el circuito del palenque, como que allí se había reunido lo mejor de la España, y los paladines que habían de combatir eran la flor de la nobleza. El que no se distinguía por sus condecoraciones y gloria personal ganada valientemente en la guerra, se hacía notar por su gallarda persona y por los timbres de su familia que campeaban en su escudo. Aquellos blasones, entonces entendidos mas que ahora, descubrían á los caballeros, aunque tuviesen calada la visera. Reconocíase á *Ponce de Leon* por su león de gules coronado de oro, á los *Ledesmas* y *Sanabrias* por las flores de lis de plata en campo azul, y las ocho medias lunas con las puntas hacia abajo; á *Bermudez* por los quince puntos de ajedrez de oro; á *Mendoza* por la banda amarilla en campo de gules. Distinguíase *Salcedo* por el sauce y escudo, *Aguilera* por el águila coronada, *Figueroa* por las cinco hojas de higuera en campo de plata, y á *Villamediana* por el águila imperial desplegando el vuelo sobre un tejón de plata. Allí se hallaban *Chacon*, *Ayala*, *Antolínez*, *Quiñones* y otros varios cuyos blasones é insignias sería interminable y hasta enojoso relatar.

Apenas el rey don Juan dió la orden de empezar el torneo, cuando entraron en el palenque los jueces del campo acompañados de los padrinos de los campeones, para hacer la ceremonia de dividir el espacio, el viento y el sol á los combatientes, escusándose tomarles el juramento, porque no había de ser combate á muerte. Despues, y entre el estrepitoso compás de la música y las aclamaciones del pueblo, se presentaron en la liza los dos mantenedores con todo su séquito de pages y escuderos, que les llevaban las armas y caballos de repuesto. Al frente de la primera cuadrilla iba el caballero alemán Micer Roberto, montado en un poderoso caballo. Su armadura estaba tan bruñida que parecía de plata, y sobre el yelmo en vez de penacho, llevaba un águila imperial en actitud de estender las alas; pero á

fuerde caballero aventurero se presentaba sin blason en el escudo. A sus lados y en calidad de padrinos iban el condestable don Alvaro de Luna y don Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Benavente y padre del conde de Mayorga, contrario del alemán. El joven conde entró al frente de otra no menos vistosa cuadrilla, en un fogoso brido ricamente enjaezado. Sobre la armadura llevaba una sobreveste flotante de terciopelo morado con flecos y alamares de oro, y de lo alto de la cimera se desprendían airosamente muchas plumas blancas. Llevaba esmaltadas en el escudo las armas de sus progenitores con una letra por debajo que decía: «á los míos me parezco.» Le acompañaban como padrinos el conde de Ledesma, y el adelantado don Pedro Manrique de Lara, siguiendo detrás los escuderos y volantes de cada uno de estos señores. Despues que hicieron el acatamiento á los reyes, bajando la punta de las lanzas, pasearon la liza con gallardo ademan y fueron á situarse en sus respectivos puestos, esperando la señal del combate.

Resonó en los aires el bélico estruendo de clarines y trompetas y la voz de los jueces del campo gritando:—«Partid, valientes caballeros»

Así lo ejecutaron en el acto, pero sin que se encontrasen en esta primera carrera: todo al contrario el conde de Mayorga como que apartó el caballo y levantó la lanza de intento para no tropezar á su rival. Era que al tiempo de enristrar la lanza había conocido le sería imposible arrancar al contrario de la silla, como él deseaba para dar un golpe de lucimiento, por lo que llamando á los jueces les hizo presente que el caballo que montaba Micer Roberto, tenía un modo de llevar la cabeza tan erguida que era forzoso dar antes en ella que en el ginete, lo que no estaba bien visto segun la usanza de la caballería. Noticioso el alemán de estas razones replicó con gran parsimonia.

—Que con aquel caballo acostumbraba entrar en lides y no le trocaría por cosa ninguna.

—Sea en buen hora, contestó vivamente Pimentel, pero si hubiere falta de encuentro, vaya á vuestro cargo.

Esto dicho tomaron la parte del campo suficiente y volvieron á encontrarse con nueva furia en medio de la arena. La lanza del alemán se estrelló en el escudo del conde de Mayorga, saltando al aire las astillas, mientras que la del conde aunque embotada lastimó de tal manera la cabeza del caballo enemigo, que le hizo retroceder y bajar las ancas hasta el suelo, dando en tierra con el ginete. Levantóse este mal parado de la caída y puso mano á la espada en actitud de defensa, pero Pimentel no se movió del caballo y acudiendo los padrinos le hicieron envainarla, porque el combate era con armas corteses y además la ventaja ya estaba decidida.

Como esta única justa no satisfacía la ansiedad del numeroso concurso, y además los alemanes del séquito de Micer Roberto estaban poco contentos del término de la contienda, entraron presurosos á continuarla. Con la misma presteza acudían los castellanos á recibirlos, tantos á tantos y en cuadrillas á veces de ocho y de diez. Hubo lances de valor y destreza, competencias y escaramuzas en las que los castellanos, como tan aventajados entonces en este género de ejercicios, y lidiando además á vista de sus reyes, siempre llevaron lo mejor del torneo. Acercándose la noche, don Juan II, sumamente complacido de aquellas fiestas que eran su gusto favorito, arrojó su baston de mando á la arena, con lo que se apartaron á la vez los intrépidos combatientes.

## IV.

Cuatro volantes conducían asidos de la brida, cuatro caballos ricamente enjaezados, y dos pages llevaban en dos azafates dos primorosas piezas de brocado, la una de color azul y la otra carmesí. Tal era el presente que



el rey don Juan II de Castilla, hacia al caballero alemán Micer Roberto, señor de Balse; mas este rehusó recibirlo diciendo á los que lo llevaban:

—No quisiera que el rey mi señor, tuviera por ultrage que nada reciba de tanto favor como me dispensa, pero os ruego le digais, que antes de salir de mi patria hice juramento sobre la cruz de esta espada, de no recibir presea de ningun potentado del mundo. Que si nos permite á mí y á los míos traer sobre nuestra cota el collar de la orden de la *Escama* lo tendremos á gran merced.

Agradóle al rey la respuesta del caballero, y dió orden para que juntándose todos los plateros de Segovia, trabajasen á gran prisa los dichos collares. Hechos que fueron, Gonzalo Castillejo, maestresala de palacio, llevando consigo pages con bandejas cubiertas fué á presentar al señor de Balse un collar de oro para él y otros de plata para sus caballeros. Fué tanto lo que el alemán agradeció esta magnificencia del monarca, que al darle las gracias se ofreció á acompañar á las tropas de Castilla en la entrada que iban á ejecutar por tierra de moros, donde él y los suyos se mostrarían merecedores de la nueva condecoracion.

El desenlace afortunado de esta empresa, el galdon que obtuvieron los mantenedores y el placer con que el pueblo asistió á la funcion, fueron un poderoso estímulo, para que se repitiesen otras de este género: de aqui provino que la corte de don Juan II, ya célebre por sus empresas literarias, lo fué tambien por las

galantes y caballerescas. Ninguna en su reinado tan memorable, como el *paso honroso*, que don Suero de Quiñones sostuvo dos años despues, por treinta dias consecutivos, en un puente sobre el rio Orbigo, á cinco leguas de la ciudad de Leon, contra todos los que pasasen en romería á Santiago de Galicia. En este singular desafio que don Suero dirigió á todos los campeones del universo, se desplegó todo el esfuerzo, destreza y galanteria de mas de sesenta caballeros de diferentes naciones que vinieron esprofeso á lidiar con el mantenedor del paso. Habia él jurado defenderlo hasta que se rompiesen trescientas lanzas y lo cumplió con estrordinario ardimiento; si las lanzas rotas no llegaron á aquel número fué porque no hubo mas rivales que se presentasen á combatir. En estas justas tan celebradas por los trovadores se halló tambien el conde de Mayorga, cuyo primer hecho de armas se ha visto en el torneo de Segovia.

A los pocos dias de haberse este verificado, el rey don Juan II de Castilla pasó revista á sus huestes que acompañadas de los alemanes, marchaban á la frontera de Granada. Un gentio numeroso ocupaba la plaza de armas donde se hallaba el monarca: la reina y sus damas lo observaban desde la galeria del Alcázar; y toda la gente del palacio coronaba las almenas, en cuyo mas elevado torreón tremolaba agitado por el viento el estandarte de Castilla.

FRANCISCO FERNANDEZ VILLABRILLE.



## ESTUDIOS LITERARIOS.

### EL SECRETO.

Veinte y dos años de edad contaba Natalia de Silva y solo hacia tres que habia quedado viuda. Era una de las mas lindas muchachas que paseaban las calles de la corte de Madrid; su tez algun tanto morena y sus gran-

des y rasgados ojos negros, poseian un encanto indefinible, sus facciones delicadas y de perfectas y armoniosas proporciones, espresaban á la vez reunidas en su agraciado rostro, la viveza de una italiana, el alma ardiente de las españolas y la gracia y coqueteria de las francesas.

Sin embargo, Natalia era solo española y cuando prestó su consentimiento para casarse á los diez y ocho años, con un hombre que la triplicaba la edad, solo tu-



vo en cuenta el alhagar su vanidad de muger con el nuevo título de señora, y el placer de que la tributarán homenaje, de adornarse elegantemente y de causar envidia á sus amigas. Silva era un opulento caballero que no escaseaba nada para agradar á su esposa y así trascurrió el tiempo dulcemente, empleado en fiestas y convites, hasta que al cabo de un año, cortó en pocos días el hilo de su vida una enfermedad que lo arrebató de los brazos de su joven esposa, dejándola viuda y llorando su pérdida como se llora la de un amigo ó la de un protector.

Pero á los diez y ocho años, se sienten las almas inspiradas por tantas ideas y por tan nuevas y encantadoras ilusiones, que apenas permite grabarse ligeramente en su fondo una espresion de sentimiento y de disgusto! Así, la de Silva, encontrándose bella, y solicitada de todos, concibió justamente la idea de que por su posición y por su fortuna debía estar destinada para aparecer en la sociedad como su flor mas escogida. Mas conocia tambien que era aun demasiado joven para vivir sola y sin mentor, y que era indispensable una persona de respeto que la acompañara á las brillantes reuniones de que gustaba tanto y le ocurrió invitar á un tío suyo, único pariente que conocia, viniera á vivir á su casa.

Don Higinio de Pancis, era ya un hombre de edad avanzada, aunque no frisaba aun en el período de la existencia en que se anuncia la decrepitud con el decaimiento de las fuerzas del ánimo, y si solo pudiera decirse, era un marrullero solteron que en toda su vida habia conocido otra pasión que la que á sí mismo se profesaba. Se amaba á sí propio sobre todas las cosas, y si alguna vez experimentó alguna afección hacia otra persona, seria indudablemente porque le prodigara cuidados y atenciones de que reportase ventaja. Don Higinio era, segun hemos tenido motivo de conocer, un egoísta perfecto, pero un egoísta de buen tono, de buenas maneras, que aparenta someterse á la voluntad de los demás, sin hacer nunca realmente mas que lo que le convenia y pareciendo interesarse siempre por sus amigos, sin que jamás lo hiciera por nadie. En fin, solocuidaba de la comodidad de su persona, de reunir en su derredor todas las bagatelas que inventa el lujo para hacer la vida mas agradable y de adquirir todos los goces imaginables. Tal como le pintamos era el bueno de don Higinio, que consintió en trasladar su habitación á casa de su sobrina, porque despues de meditarlo detenidamente pensó, que siendo Natalia amable y cariñosa aunque ligera, le cuidaría bien y le prodigaría sus cuidados y atenciones.

Don Higinio pues acompañaba á su sobrina á las sociedades y á los bailes, porque le agradaban mucho las fiestas y los placeres, pero cuando recibia alguna invitación para asistir á una reunion en que presumia no distraerse, decia nuestro solteron á su sobrina:

—Mucho temo que no te diviertas esta noche, porque allí solo piensan en jugar, y entre viejos, porque muchachas no irá ninguna, mas... sin embargo, si quieres ir te acompañaré, porque no tengo otra voluntad que la tuya, pero te aburres positivamente!

Natalia confiando en su tío se dejaba persuadir facilmente, y contestaba siempre:—Dice vd. bien, mejor será no ir.

Otras veces, como le gustaba comer mucho y bien, la tomaba por otro estilo, y decia á su sobrina.

—Sobrina mia, ya sabes que ni soy gloton ni reparo nunca en que esté peor ó mejor servida la mesa, estoy satisfecho siempre con lo que median; pero ahora debo advertirte que la cocinera pone siempre las viandas saladas, y esto es mal sano para una muger joven; ademas no sirve la mesa con elegancia y con tino, y me disgusta por tí, que tienes con frecuencia gentes á comer en casa. Ultimamente el día de los seis convidados, no supo ade-

rezar las espinacas. ¿Qué han de pensar las gentes que observan semejantes descuidos? Dirán, la señora de Silva no sabe hacerse servir, y esto quizá puede perjudicarle, porque hay personas que de todo murmuran.

—Pues bien tío, haga usted diligencias para buscar un buen cocinero.

—Bueno, yo preguntaré, solo por complacerte.

—¿Sabe vd. que me encuentro muy dichosa á su lado, porque me advierte vd. muchas cosas que no preveo aun y en que no paro la atención?

—No te inquiete nada que yo cuido de todo.

Natalia abrazó á su tío, y despidió á la cocinera para admitir un excelente cocinero muy diestro en confeccionar platos de dulce y repostería, á lo que era extraordinariamente aficionado nuestro don Higinio.

Otras veces era en el jardín donde apetecía las reformas, donde por ejemplo era menester cortar las ramas de los árboles que estaban delante de las ventanas de su habitación, porque su sombra producía humedad que podia perjudicar á Natalia, ó bien que la elegante carretela era menester cambiarla por un landó, carruaje como él decia mas apropósito, y en que luce mas una muger joven; de esta suerte se ocupaba el buen tío en complacer y agradar á su sobrina.

Natalia era coqueta como todas las mugeres bonitas, y estaba acostumbrada á cautivar las miradas de todos, á seducir con sus hechizos y á escuchar sonriendo las numerosas declaraciones que la dirigian; remitiendo á su tío despues los aspirantes diciéndoles:—Antes de daros esperanza alguna, quiero saber el parecer de mi tío.

Es muy probable que no hubiera contestado así, si su corazón experimentara verdadera preferencia ó simpatía hacia alguno, pero hasta aqui estaba satisfecha con agrado y conservar su libertad.

El solteron del tío, que mandaba como dueño y señor en casa de su sobrina, no deseaba que se casara porque un sobrino no seria tan dócil y tan complaciente como Natalia, por lo que siempre encontraba defectos graves que vituperar en cada uno de los nuevos aspirantes á la mano de la linda viudita.

De uno decia que era melancólico y aprensivo, y que á su lado moriría Natalia de tristeza; de otro que era jugador y habia mucho que temer no le arrastrase un día esta pasión á hacer alguna locura; de aquel se contaba, una serie de aventuras amorosas y de galanteos, y era muy posible, no se corrigiese, en fin á todos los aspirantes los despedía políticamente el buen tío, que en esto como en todo blasonaba no tener mas objeto que el de mirar por la felicidad de su sobrina.

Hacia algunos años que á nuestro solteron ademas de su egoísmo y de su pasión por la buena mesa, habia despuntado con una decidida afición por jugar al ajedrez. Este juego le entretenia mucho y le preferia á todos los demás; el ajedrez era para don Higinio su mas dulce pasatiempo, pero desgraciadamente es juego poco conocido; las señoras se fastidiaban de él, los jóvenes se distraen mas con el villar y el ecarté que es mas rápido, y así sucedia que rara vez tenia ocasión de hallar quien le hiciera la partida. Cuando por casualidad llegaba á descubrir que alguno de los concurrentes á casa de su sobrina sabia jugar al ajedrez, lo tomaba por su cuenta y no habia medio de que lo abandonase en toda la noche; pero tampoco conseguia esto con frecuencia, y así es que suspiraba muchas veces por un aficionado al ajedrez.

Natalia por complacer á su tío ensayó distintas veces aprender el juego que tanto amaba, pero la joven sobrina se distraía mucho; el tío se enfadaba, y concluía la linda viuda por derribar las piezas y exclamar:—Vamos está visto, nunca puedo comprender ese laberinto.

—¡Tanto peor! contestaba don Higinio, porque es un



juego que te gustaria mucho, solo quisiera que le aprendieras por proporcionarte una distraccion mas.

En este estado de cosas transcurria el tiempo, cuando una noche estando en un baile Natalia en el que se mereció el universal sufragio por sus gracias y atractivos, anunciaron como nuevo presentando al caballero Gustavo de Castro, capitán de navío.

Sonaron al oído de Natalia tan mal las palabras de capitán de navío, que se esperaba ver entrar á algun antiguo y brusco marino con una pierna de palo y algun ojo vendado, pero esta idea tan exagerada sirvió para que creciera su admiracion al divisar á un hombre como de treinta años, vigoroso, proporcionado, y cuya elevada estatura y marcialidad no carecia de gracia y de elegancia.

Gustavo de Castro habia entrado de niño al servicio; apasionado por la marina llegó muy joven al grado de capitán, y esto hizo que aumentara su fortuna, considerable ya con los bienes de su familia. Hacia quince años que corria los mares, é iba sintiendo ya necesidad de entregarse á una vida mas reposada; le aconsejaron que se casara; pero habia entonces el capitán Gustavo se habia reído y burlado del amor como pasion indigna de un marino.

Mas al reparar en Natalia cambiaron los sentimientos del capitán, una revolucion instantánea se operó en su alma, y miraba bailar á la linda viuda, sin poder separar de ella su mirada. Seguia con la vista todos los movimientos de la de Silva, que le distraia de suerte que le estorbaba observar á las demas señoras y señoritas. Ultimamente se determinó á preguntar á uno que estaba á su lado:

—¿Quién es esa linda muchacha que baila con tanta gracia?—La de Silva, una viudita que todavia....—Oh, sí, es encantadora!—Pues tiene tanto talento como gracia y coqueteria; sáquela vd. á bailar, hab'le vd. con ella y juzgue despues—Que la saque para bailar.... yo.... pero si no sé bailar?—¡Ah! eso es otra cosa.

Por la primera vez en su vida se dolió Gustavo de no saber bailar, y vagaba como un moscon alrededor de la linda viuda estudiando un pretesto plausible para entablar conversacion, y cuando creyó haberlo encontrado se adelantó un jóven á Natalia y tomándola de la mano la sacó á bailar.

Gustavo se mordía los labios y se contentó con admirar á la encantadora niña.

Así se pasó la noche, el capitán no se determinó á hablar á la de Silva, pero no la perdió de vista un instante.

Natalia habia observado la conducta del capitán, porque las mugeres conocen y se perciben prontamente del efecto que producen, y aunque para sí pensara otra cosa, dijo hablando de Castro:—El capitán no sabe ser amable con las mugeres; no le he oído dirigir una galanteria ni un cumplimento á ninguna,

Gustavo que antes de ver á Natalia era poco aficionado á las grandes sociedades, y menos aun á los bailes, no faltó desde este día á ninguno de en los que sospechaba podia hallar á la viudita; encontró coyuntura de hablarla y se esforzó cuanto pudo por parecer amable; pero cuando observaron el cambio de conducta del capitán y su asiduidad al lado de Natalia, le dijeron:

—¡Cuidado con enamorarse! la de Silva es una diestra y consumada coqueta, que encenderá vuestra pasion y se burlará de vd. despues y de sus suspiros.

Despues decian á Natalia:

—El capitán es un original, es un capitán tipo, un oso que posee todos los defectos de los marinos, es arrebatado, dominante, blasfema, fuma y nunca conseguirá vd. hacerle amable.

Mas no obstante estos caritativos avisos que no eran mas que otras tantas saetas lanzadas por los envidiosos y

rivales, el marino y la coqueta se hallaban muy contentos cuando estaban reunidos. Alguna vez cuando á Gustavo iba á escapársele alguna espresion demasiado maritima, Natalia le dirigia una mirada de las de su ejército de reserva, y se detenía el capitán y murmuraba algunas excusas, tanto era lo que temia que el rostro de la linda viuda adquiriese una espresion demasiado severa, y aunque esta timidez parezca estraña y aun admirable en un marino, el amor cambia los caracteres, hace milagros, y de ello poseemos mil pruebas desde Sanson destructor de los filisteos hasta nuestros días.

Llegó á oídos del tío la nueva conquista de su sobrina, pero no hizo caso, pensando que este seria un nuevo aspirante á quien le seria tan facil desgraciar para con Natalia, como á los demas, y mientras tanto eran mas frecuentes y mas íntimas las conversaciones del marino con la viudita, hasta que un día le anunció á su tío que le habia convidado para que asistiera á las reuniones de su casa; entonces se impacientó el pacífico y tranquilo don Higinio, y dijo á su sobrina:

—Has hecho muy mal de obrar por tí sin consultarme, Natalia. El capitán Castro es brusco, áspero y tiene opinion de disputador; no se separa un momento de detras de tu silla, y jamas se ha dirigido para preguntarme siquiera, *como está vd.* no era necesario traerle á casa, esto lo digo por interés tuyo, porque eres un poco ligera.

Natalia creyendo su determinacion inconsiderada estuvo á punto de mandar un recado al capitán, manifestándole que no se verificaba la reunion, pero el tío no exigió tanto pensando no asistiría con frecuencia.

Mas en este mundo nuestras resoluciones y los acontecimientos mas importantes de nuestra vida dependen muchas veces de una vagatela, que la casualidad nos coloca en la senda de nuestra existencia, así ahora el ajez fue causa de que la bella Natalia fuese despues la señora de Castro.

Porque el capitán, como legítimo marino, era gran jugador de ajedrez, y así no bien don Higinio lo entendió, le propuso una partida. Castro aceptó, y la partida se prolongó toda la noche, porque Gustavo comprendió bien debia comenzar su conquista por el vetusto solteron.

Cuando tío y sobrina quedaron solos, dijo la viuda de mal humor, porque no se habia ocupado de ella en toda la noche.

—Tiene vd. razon, tío, los marinos son bruscos, el capitán es casi insociable, incivil, ya siento haberle ofrecido la casa.

—Al contrario Natalia, respondió don Higinio, Gustavo es un excelente jóven, le habiamos juzgado mal, de muy buena educacion, bondadoso.... yo le he invitado á que venga con frecuencia á hacerme la partida, es decir, á hacerte la corte, es un muchacho de talento y de muy buenas maneras.

Natalia conoció que Gustavo habia dedicado la noche á conquistar el ánimo de su tío, y le perdonó sinceramente, y hasta se congratuló de que no hubiera estado solícito con ella, en vista del feliz resultado que consiguió. Castro volvió con frecuencia con pretesto del ajez y era deseado por don Higinio.

A fuerza de amor y de sumision logró tambien cautivar el corazón de la linda viuda, y una mañana vino ruborizada á decir á su tío:

—El capitán quiere que sea su esposa.... yo.... quiero.... que vd. me aconseje.

Nuestro solteron reflexionó por espacio de algunos minutos y pensaba:—Si rehusa, Castro dejará de venir y á dios mi ajedrez.... si acepta estará en casa y le tendré á mis órdenes para hacerme la partida; y su respuesta fue:

—No me desagrada ese enlace, es buen muchacho. Natalia no deseaba oír otra cosa porque amaba á



Gustavo, pero como las mugeres nunca aparentan ceder á aquello mismo que desean, mandó venir al capitán y le dictó las condiciones.

—Si es verdad que vd. me ama...—Ah! señora lo juro por...—Calle vd....déjeme vd. hablar si le agrada: si es verdad que vd. me ama, si me otorga vd. pruebas....—Todo lo que vd. exija, yo...—Caballero no me interrumpa vd. á cada momento. Es necesario no decir juramentos como sucede á vd. muchas veces, que es muy villano delante de una muger; despues es menester... y sobre todo quiero que no fume vd., porque el olor del cigarro y el humo y el tabaco...en fin yo no quiero un marido que fume.

Gustavo exaló un ligero suspiro, y contestó:

—A todo me someto gustoso, no fumaré mas, tome vd. desde este momento mis cigarros, mi petaca, todo.

—Entonces obtendreis mi mano.

Se celebró ostentosamente la boda; Castro logró ver colmados sus votos y Natalia era feliz porque amaba á su esposo.

Los primeros meses de su matrimonio se pasaron dulcemente, pero Natalia empezó á observar que aun en medio de los placeres, de las fiestas y de la satisfaccion que Gustavo experimentaba cuando se hallaba á su lado, se descubria en su frente una señal de tristeza y de mal estar, y se leia en sus ojos cierta inquietud que no duraba mucho, era como una nube que cruzaba el espacio sin dejar huella alguna en pos de sí, pero que no escapó á la penetrante mirada de su esposa.

Cuando despues de algun tiempo se hicieron mas frecuentes sus distracciones y su inquietud, le preguntó un dia que creyéndose solo dió con el pié fuertemente en el suelo.

—¿Qué tienes, amigo mio? dí, ¿porque estas de mal humor? ¿estas fastidiado?

—Vol... nada, ¡te lo aseguro! contestó el capitán sonriendo y pesaroso de no haberse podido dominar; no tengo fastidio... ni mal humor... ¿contra quién quieres que tenga mal humor?

—Yo no sé, pero muchas veces me parece que tienes algo... mira, si te he disgustado alguna vez, dime en qué para que no vuelva á sucederme.

El capitán concluía por abrazar cariñosamente á su muger, repitiéndola que se engañaba, y durante algunos dias no se le escapaba ninguno de los ademanes que inquietaban á Natalia; pero Gustavo despues se olvidaba de nuevo, y su muger se hilaba los sesos por adivinar la causa de estos momentos de tristeza de su marido.

Natalia participó sus observaciones á su tío, y don Higinio contestaba:—Tienes razon, á Castro le pasa algo... porque muchas veces jugando conmigo al ajedrez he reparado que miraba á su alrededor, pasaba la mano por su frente, y entonces se olvidaba de mover las piezas.

—¿Dios mio! ¿qué significa ese misterio, tío? Mi marido tiene algun secreto que le inquieta, que le aburre si, estoy cierta y no quiere confiármelo.—Es muy posible... pero hay cosas que no debe saber una muger...—Cómo, ¿que no debe saber una muger? pues yo quiero que mi marido me lo confie todo, que no tenga secretos para mí, como yo no los tengo para él, porque si no, no seré feliz con un hombre que guarde misterios de mí.

Don Higinio la tranquilizó prometiéndola trataría de investigar el motivo de las preocupaciones de su sobrino, pero se limitó solamente á hacerle jugar con mas frecuencia al ajedrez, medio que creia de infalible efecto para disipar el mal humor.

Esto acaecia en el principio de la primavera y como es la época de gozar de las delicias del campo dispusieron pasar una temporada en el ameno sitio de Aranjuez.

Gustavo, continuaba mostrándose tan cariñoso y tan complaciente con su muger como siempre, procurándola cuanto la pudiera agradar y anticipándose á prevenir sus mas insignificantes deseos. Natalia preferia casi siempre estar en casa á salir á paseo, y su marido le pidió permiso para ir despues de comer á dar una vuelta por el campo. Semejante petición era tan natural que no pudo rehusarla, y todas las tardes paseaba Gustavo; mas cuando regresaba á su casa, volvía alegre y contento y los momentos de inquietud habian desaparecido.

No obstante, Natalia no estaba satisfecha, y sus sospechas crecian cada vez mas:—Mi marido, decia para sí, no está triste ni pensativo como en Madrid, pero es desde que sale por las tardes.... no vuelve hasta pasadas dos horas... ¿dónde irá?... prefiere ir solo... aquí hay misterio; ¿y no será tan afortunada que lo descubra?

Alguna vez se sintió impulsada á mandar que siguiesen á su marido, pero la repugnaba esta accion, y tenia ademas que hacer partícipe de su confianza á un criado, y espiar á un hombre que solo parecia se ocupaba de hacerle feliz. Así es que solo á su tío manifestaba su inquietud, y este se contentaba con decirle:—Tu marido juega menos que antes conmigo al ajedrez, pero juega aun, y yo no puedo seguirle á sus paseos porque me fatigaría inútilmente; yo tengo malas piernas, y él las tiene muy buenas, anda muy de prisa.

Un dia ocurrió que hallándose un joven amigo de Castro, en la casa con otras gentes le dijo riendo:

—¿Qué diablos hacias ayer, disfrazado, envuelto en una manta y asomado á la ventana de una choza á un cuarto de legua de aquí?... si mi caballo no hubiera ido escapado, y le hubiera podido contener, iba á preguntarte si guardabas algun ganado y querias imitar á los felices pastores de la Arcadia.

—Mi marido envuelto en una manta.... exclamó Natalia fijando sobre Gustavo una mirada extraña y penetrante.

—Eduardo se engaña, repuso el capitán tratando de ocultar su embarazo; me ha equivocado sin duda con otro.

—Con que no eras tú?... es muy posible, que yo corriendo no fijase la vista... replicó el joven apesadumbrado de la impresion que produjeron á Natalia sus palabras, y añadió conociendo cuan grande indiscrecion habia cometido:

—Bien puedo haberme engañado.

—¿Pero qué hacia ese hombre? preguntó Natalia, donde está esa cabaña?

—Señora, no puedo fijamente designar el punto, porque conozco poco esta campiña, en cuanto al hombre estaba envuelto en una manta y con sombrero redondo... en fin que sé yo que diablo me hizo pensar que era el capitán, porque no estamos en carnaval.

La señora, de Castro no dijo nada mas, pero se persuadió de que era su marido al que habian visto, y creia que cuando se disfrazaba era para que no le descubriesen alguna singular intriga; así es que lloraba frecuentemente repitiendo:—Qué desgraciada soy, en haberme casado con un hombre que guarda misterios de mí.

Su disgusto al principio se convirtió despues en celos trasportes, porque las mugeres desde el momento que se las oculta alguna cosa se persuaden de que las engañan, de que les son infieles los hombres, y es porque ellas no saben guardar otros secretos que los de este género.

Natalia despues de la imprudente revelacion del amigo de Castro, resolvió regresar inmediatamente á Madrid; su marido siempre dócil y sumiso á su voluntad, convino gustoso, pero en la corte observó otra vez en la conducta de Gustavo, aparecian sus ademanes de impaciencia y de fastidio hasta que dijo un dia á su esposa:



—Muger, el pasear por la tarde me aprovecha mucho, así es que me hallaba perfectamente en Aranjuez, porque fácilmente concebirás que acostumbrado al activo servicio de la marina, me pone pesado esta vida poltrona y necesito hacer ejercicio.

—Si señor, sí, lo concibo muy bien, contestó Natalia mordiéndose los labios de despecho.

—Mas sin embargo, si te disgusta....

—No señor, no.... pasea lo que quieras, yo no me opongo, se conoce que te conviene el aire libre....

Gustavo salía de su casa todas las tardes, permanecía dos horas fuera y regresaba contento, satisfecho, y los ademanos de impaciencia desaparecieron de nuevo.

—Mi marido tiene alguna aventura!.... ama á otra muger y no puede pasar sin verla, decía Natalia llorando cuando quedaba sola. Ese es todo el secreto de su mal humor, de su conducta, de sus paseos.... ¡Ah! qué desgraciada soy!.... tanto mas desgraciada cuanto que cada vez me aparenta mas su cariño y no puedo decirle que es un monstruo.... un pérfido, un ingrato, y sin embargo sino se lo llamo me ahogo.... pero antes necesito poseer pruebas, prueba irrecusables de su traición.... ¡oh! sí, las necesito y las tendré!

Fué Natalia angustiada á buscar á su tío con los ojos encendidos de cólera, y exclamó al verle:—¡Ah! soy la mas desgraciada de las mugeres!

—¿Qué te sucede? dijo nuestro solteron incorporándose en su silla, ¿qué te sucede?

—El que mi marido se va todas las tardes á pasear, que está fuera de casa dos horas como hacia en Aranjuez, y regresa siempre alegre, contento, de buen humor, y me prodiga entonces sus caricias, y jura que me adora como el primer día de nuestro matrimonio!.... ¡ah! tío mío, es un falso, un pérfido.... Gustavo me engaña.... tiene alguna intriga!

—Muger, es verdad que no juega al ajedrez conmigo tanto como antes.—Si, tío; sí, si vd. no me ayuda á descubrir este misterio.... moriré de disgusto, me separaré de mi marido, ó me arrojo por un balcon.—¡Pero, sobrina!—Si, vd. que es tan bueno, que tanto me quiere, hágame vd. este favor, quiero saber á dónde va mi marido tan solícito todas las tardes.—Sin duda que te quiero y que solo me empleo en tu servicio, mi vida paso gustoso en eso... pero no se como...—Pues bien lo repito, si no consigues vd. que penetre ese secreto, no tendrá vd. en el mundo mas sobrina.

Don Higinio le tenía cuenta conservar y estar bien con su sobrina; conocía que cualquier desavenencia que estallara entre los dos esposos, turbaría la paz de la tranquilidad y sossegada vida que disfrutaba en casa de Natalia, y se decidió á hacer algo por restituir la buena armonía. Hacia que iba detras del capitán en sus paseos; pero se cansaba pronto y volvía despues de perder á Gustavo de vista, y decía á su sobrina:—Con esta he seguido á tu marido seis veces, y se pasea siempre solo y muy tranquilamente.

—¿Pero dónde?

—Tan pronto de una parte como de otra, así que tus sospechas no tienen el menor fundamento.

No quedó satisfecha Natalia con los informes de su tío, y decididamente pensó en averiguar por sí la verdad; llamó á un demandadero ó mozo de cuerda que estaba siempre parado á la esquina de su casa, y de quien había oído elogiar su honradez y actividad.

Despues de preguntarle si conocía á su marido, le dijo:

—El señorito Gustavo sale todas las tardes.—Si, señora.—Mañana le seguirás.—Si, señora.—Verás donde vá y volverás á decírmelo.—Si señora.—Sin olvidar nada.—Si señora, descuide vd., señorita.

Natalia esperó aquel día con la impaciencia que solo puede comprender un celoso. En fin cuando llegó el

momento y vió alejarse á el honrado asturiano constintido en espia del capitán, creció su inquietud. Contaba los minutos, los instantes, y temblaba ver llegar al emisario que debía descubrirle la verdad. Tres cuartos de hora trascurrieron al cabo de los que llegó cubierto de sudor y de polvo.

—¿Y bien? le preguntó Natalia con voz alterada, que has visto, habla... dímelos todo... no olvides ninguna circunstancia.

—Si, señora, he seguido al señor procurando no me viera, y ha ido hasta muy lejos!.... hasta la calle del Aguila, detras de la calle de Toledo; en fin, ya entró en una casa muy vieja.... no sé el número, pero yo bien la conozco, un portal muy estrecho y oscuro.

—Un portal estrecho y oscuro!.... que horror!....—Yo le miraba desde la cera de enfrente: llegó á la puerta del cuarto bajo, y abrió con una llave.

—Abrió él mismo... no ha llamado, ¿estás seguro?....

—Oh! sí, señora.—Monstruo! y en un cuarto bajo... tiene la llave.... y mi tío le defendía!.... pero acaba.

—Cuando vi que cerró la puerta, llegué sin que me sintiera y miré por el agujero de la cerradura....—Te daré un duro, acaba....—Vi que el señor arrastraba un cofre.—¿Un cofre?—En seguida empezó á desnudarse el señorito.—¿Se desnudaba?—Si señora, primero se quitó la levita, luego el chaleco, luego la corbata, luego....

—Acaba!.... despues....—Despues no he visto mas.—Dios mío! que desgraciada soy!—Al cabo de un rato le volví á ver en mangas de camisa y con un gorro en la cabeza, entonces señora, creí que habia visto bastante y he venido corriendo á informar á vd.—Basta, ve á alquilar un coche; que venga aquí.... subirás con el cochero y harás que se detenga en la casa.

El asturiano fué á buscar el coche. Natalia se echó un pañuelo y se puso una mantilla, subió al coche y recomendó al que le guiaba fuera al galope.

Se detuvo á la entrada de la calle del Aguila y aquí se apeó pálida y trémula de modo que apenas podía sostenerse.

—¿Quiere vd. que la acompañe?—No, es inútil, iré sola, ¿cuál es el portal?—Aquel pequeño, dijo señalando con la mano, hay dos puertas, la de la izquierda.—Bien.

La jóven anduvo el corto trecho que mediaba hasta el portal con incierto y vacilante paso; al penetrar en él le faltaron las fuerzas, y al llegar á la puerta que le habían indicado, desfalleció del todo sin poder otra cosa que apoyarse contra la pared y exclamar:

—¡Abridme por Dios, ó muero!

Abrieron la puerta en efecto, y el capitán recibió en sus brazos á su muger, Natalia no vió en la habitacion que estaba llena de humo, á nadie mas que á Gustavo envuelto en una bata, con un gorro griego en la cabeza y fumando un soberbio cigarro habano.

—¡Mi muger! exclamó con sorpresa de Castro al reparar en Natalia.

—Si señor, vuestra muger que sabe que la engaña su marido.... que os disfrazais... y quiere por fin conocer el misterio de vuestra conducta.

—Cómo, has podido imaginar, Natalia, que no te amaba!.... el misterio de mi conducta.... pues bien, aquí le tienes (dijo mostrándole su corpulento cigarro.) Cuando nos casamos me prohibiste fumar y yo prometí obederte. Durante los primeros meses he cumplido religiosamente mi promesa... ¡pero si conocieras lo que me costaba...! qué sacrificio tan inmenso.... me faltaba una cosa que escitaba mi mal humor, que me entristecía, y era solo fumar un habano.... suspiraba por mi querido cigarro que en vano trataba de reemplazar con todo. En fin no pudiendo contenerme vi á un campesino que fumaba junto á una casilla del camino de Aranjuez; me acerqué y le dije si podia prestarme un sombrero y una



manta porque no podía pasar mas sin fumar, y porque era necesario que no lo advirtieras en el olor de los vestidos á los que se adhiere fácilmente con el humo; para la boca conozco mil medios que empleo para que no conserve ninguno. Conviniémos prontamente el aldeano y yo, me lié la manta, tuve la precaucion de cubrirme la cabeza tambien con un sombrero, y gracias á mis medidas nada sospechabas; quisiste volver á Madrid, y tuve precision de ingeniarme y buscar otro modo de fumar en secreto. Alquilé este cuarto en un barrio distante del nuestro, me hice un traje á propósito para mudarme y meter la ropa en tanto en este cofre que tengo cuidado de cerrar herméticamente, y este es todo el misterio, querida mia, perdona mi desobediencia en gracia de haber hecho cuanto he podido por ocultártelo; pero nada mas, un cigarro todos los dias.

Natalia abrazaba cariñosamente á su marido exclamando:

—¡Será posible!... no es mas que eso.... ¡ah! ¡qué dichosa soy!... En adelante, amigo mio, fumarás.... fumarás en casa tanto como quieras.... ¡oh! no me opondré

mas, ni tendrás que ocultarte.... si, los hombres deben fumar.... es tan feo un hombre sin un cigarro en la boca!

Natalia volvió corriendo á buscar á su tio, radiante el rostro de alegría para decirle:—Me ama, tio, me adora.... sino que fumaba y se iba el pobrecillo para que no le viéramos.... pero ahora quiero que fume á todas horas, y yo misma le prometo para celebrarlo regalarle hoy una caja de habanos para que los tenga en casa.

—Hay un medio de arreglarlo todo, dijo don Ilginio, tu marido solo fumará mientras me haga la partida de ajedrez.

Y con esto pensaba el solteron egoista, tener segura la partida todas las tardes.

—Mi Natalia, dijo Gustavo, me aprovecharé de tu permiso para fumar en casa, pero tomaré para que te incomode menos las mismas precauciones que tomaba fuera.

—¡Qué bueno eres! pero no, no es necesario, porque desde que sé que no me eres infiel, casi, casi, me parece que me gusta el olor del tabaco.... si, si, si, positivamente me gusta mucho.

P. DE K.



MI mujer! exclamó con sorpresa de Castro al reparar en Natalia.



## ESTUDIOS DE COSTUMBRES.



La fiesta de los Reyes.

### LA NATIVIDAD.

Con este nombre se conoce en el orbe cristiano el aniversario del nacimiento del Señor, y se celebra esta fiesta, la mas solemne despues de la Pascua de Pentecostés, al terminar el día 24 de diciembre. Se atribuye su institucion al papa Telesforo, que murió en el año 158. Por este tiempo era la fiesta mas movible de todas; los pueblos del Oriente la celebraban en el mes de abril ó mayo, la época en que luce sus brillantes galas la primavera; otras iglesias de los mismos pueblos lo hacian en el de enero; porque la confundian con la Epifanía, con aquella milagrosa noche en que la estrella de los magos detuvo su curso sobre el humilde portal de Belen.

El papa Julio I ordenó á invitacion de San Cirilo de Jerusalem, que todos los doctores de Oriente y Occidente ilustrasen con sus luces y discutiesen, sobre el yrdadero dia del nacimiento de Jesus. Convinieron la

mayor parte en que acaeciò en el mismo punto de terminar el día 24 de diciembre, aunque segun la opinion de algunos padres de la iglesia, sin poseer pruebas auténticas; pero prevaleciò su acuerdo y desde entonces fué en todas partes celebrado en este mismo dia. La costumbre de solemnizar esta festividad con tres misas, una á media noche, ó misa de gallo; otra al despuntar el alba y otra por la mañana, remonta á la mayor antigüedad, y mas antes en el Occidente, reproducian este festivo aniversario con escenas animadas, con personajes que representaban al niño en su humilde cuna y á la virgen Maria y San José á su lado. Este espectáculo inocente al principio, degeneró despues en un objeto de burla. Prohibiéronse en toda la cristiandad, mas no obstante, despues, algunas iglesias han conservado parte de aquella primitiva y sencilla costumbre, aunque descartada de todo lo que podia ridiculizarla y hacerla indigna de los templos del Señor; tal es la de entonar villancicos al son de instrumentos rústicos en las misas llamadas de aguinaldo.



Los emperadores romanos afectaban en este santo día leer solemnemente la séptima lección sin duda por aquellas primeras palabras del evangelio: *Exiit edictum á Cæsare Augusto* (César Augusto hizo publicar un edicto). En el concilio de Constanza cumplió el emperador Segismundo este deber vestido de diácono. Cuando un emperador se encontraba en Roma era de rigoroso ceremonial, leyese él mismo en alta voz esta lección, vestido con traje clerical é insignias reales.

La natividad entones, en aquellos dichosos tiempos era la fiesta por excelencia, lo mismo en los templos y en los palacios que en la humilde cabaña del pastor.

En el norte en que domina la comunión luterana, llaman al Nacimiento del Señor, la fiesta de los niños. Jesús que los cubre con su poderosa égida y que prometió á su inocencia en la Santa Jerusalem el reinado de los cielos, no puede olvidarlos. Si sois buenos y obedientes, les dicen sus madres, descenderá del cielo Jesús y os conducirá á su lado rodeados de una nube celestial y esplendorosa.

En nuestro país es también de los días ó mejor dicho de las noches que mas se santifican, porque se llama Nochebuena, y puede decirse con verdad; que aunque con mucha anticipación anuncian los muchachos con sus panderos y rabeles la proximidad del nacimiento del Redentor, solo después de la mañana de este día comienza la celebración del fausto aniversario. Desde este momento cesan los tribunales, tienen vacaciones los establecimientos de enseñanza, las oficinas, en fin, todo se para, todo muere para resucitar al año siguiente, menos los vendedores de turrones y golosinas, y los proveedores de caza y volatería. Se santifica la ruidosa y memorable Nochebuena con una magnífica y opipara cena (mal llamada colación) en la que figura en primer término y como obligado, la *consabida sopa de almendra* y los dulces, ensalada y todo lo demás que nadie puede ignorar siendo español; con esto y cantar unos villancicos después de la colación ante el nacimiento, si hay niños en la casa y sus padres se lo han costado, ó asistir á la misa del gallo cuando la había, tomando frío ó cubriéndose de lodo si llueve, se retira tranquilo cualquier ciudadano español á su lecho, á gozar de las dulzuras del sueño para despertar el día primero de Pascua á las reiteradas interpelaciones de los innumerables felicitantes; que por señas de un par de pesetas á cada uno dejan algunas tarjetas de mas y muchos reales de menos.

Estamos en el primer día de Pascua, día horrible, día feroz, para toda persona decente, para todo padre de familia, cabeza de casa, para todo amo ó señor, que en semejante ocasión quisiera confundirse, huir, no existir; y día por el contrario, suspirado por espacio de un año entero, día feliz, para todo el que se considera como decirse suele de escalera abajo, día feliz para los porteros, repartidores, criados, avisadores, para el pueblo en fin que en semejante día ejerce el uso soberano de la palabra para interpelar desapiadadamente el bolsillo de sus superiores.

Este día y los dos que le siguen son como he dicho los destinados á las felicitaciones, y aparte de remunerar con una pesetilla la puntualidad y esmero de los que nos prestan algún servicio durante el año, existe además la costumbre de celebrar la Pascua con abundosos festines y convites, en que corre profusamente el aromático Jerez y el espumoso Champagne, y en que figura como primera víctima del contento y alegría universal, el robusto y succulento pavo.

Es también la época de cruzarse mutuamente entre las familias y los amigos, los regalos y los obsequios, y también la que se espera ansioso para recompensar con algún que otro paquetito de billetes de banco, los favores que ha dispensado el magnate, ó el funcionario público mas elevado, que no se desdén en Pascuas de ad-

mitir las dádivas de sus favoritos, de sus agentes, ó de aquellos á quien ha prestado su protección, porque en estos días nadie se desdén tampoco de semejantes ó parecidas insinuaciones, que terminan y cancelan por vía de agualdos las cuentas pendientes de todo el año.

Siguen después los inocentes; pero pasan desapercibidos porque no se estila en este siglo, encontrarse con entes de esta especie, y si alguno se descubre de seguro que le silban. De este día hacen presa los bufones de sociedad para sus gracias y comer dulces á costa no del inocente, sino del que da dinero en este día, á algún amigo que preste un urgente apuro.

La festividad de mas nombradía que sigue es la del día de Año Nuevo, ó primer día del año, es la Circuncisión del Señor; que se pasa sin mas novedad que dar los días á los Manolitos y Manolitas; y hacer cada cual cuenta de emprender una vida nueva, mas arreglada que la que hasta allí ha desgastado los días de su existencia; es el verdadero y único día del arrepentimiento.

Esto es por lo que toca á España, que como cada país tiene sus usos y costumbres muy distintos no acontee lo mismo en todas partes.

En Francia por ejemplo el día de Año Nuevo es el día grande del año, es su gran festividad, es para ellos lo que la Pascua para nosotros, es el día de las felicitaciones, de los obsequios, de los regalos, de los agualdos, en fin, es el día de los estrenos. Todo el mundo estrena, todos regalan, todos obsequian y todos también reciben á su vez obsequios de agualdo. ¿Quién es capaz de valuar los millones que se invierten solo en el pueblo de París para la solemnidad de este gran día? Desde la humilde griseta hasta la señora de la mas elevada gerarquía, desde el cocinero de mandil y gorro blanco ó desde el mas infeliz *petit comissionaire* hasta el mas alto funcionario, hasta el aristócrata par de Francia, todos estrenan, todos son dadivosos, todos siguen el poderoso é irresistible impulso de la costumbre, todos obedecen al deber de festejar este solemne día.

Las costumbres, reconocen siempre un origen muchas veces de gran significación, otras indiferente, algunas sublime y grandioso.

Discurriendo acerca de esta costumbre, hacen remontar unos su origen hasta la época del gran apogeo de la Grecia, y también otros atribuyen á los romanos la invención de este uso. Dos son las etimologías que mas fundamento ofrecen segun la opinion de los escritores y de los hombres que se han ocupado en dilucidar esta materia. Segun estos existia á las puertas de Roma un bosque consagrado á *Strenna*, diosa de la fuerza; é imaginaron cortar el primer día del año las ramas de aquellos árboles que siempre permanecían en todo su verdor y lozanía, sobre todo por la influencia del suave clima y despejado cielo de Italia, y presentarlas como merecido homenaje y como signos de paz y concordia, á *Tatius* rey de las Sabinas, con quien *Rómulo* dividió su trono á consecuencia de la reunión de estos dos pueblos. Este sencillo y modesto tributo se significó ofreciendo después, todos los años y en la misma época. Otros pretenden que se deriva de la palabra latina *strenna* y que espresa la simplicidad de las ofrendas que se tributaban á los dioses en tiempos mas remotos. Asi es que durante la republica romana consistían solo estos dones en dátiles, higos y miel, presentes todos alegóricos y que ofrecían para impetrar un año tranquilo, suave y abundante.

Sea de esto lo que quiera, que nada nos importa á los que no pretendemos empolvarnos en el fondo de las bibliotecas para escudriñar lo que hicieron nuestros antecesores, dejemos descansar á los Manueles y Manuelas de las cócoras y fastidiosas visitas que los abrumaban durante el día, y vamos á trasladarnos de un salto á la adoración de los Santos Reyes.



Ruidosa se nos presenta á lo menos en la corte que otro tiempo fué de dos mundos, y así como unas festividades se anuncian con aromática, floridas y enramadas visperas; otras con brillantes serenatas, con alegres y bulliciosas romerías, y alguna con clamoroso y mortuorio son de campanas, esta se nos ofrece con infernales atributos, con ronca y desahucio armonía de cencerros y campanillas, con pestilentes hachones, espuelas, escaleras y otras mil ridiculeces que con el plausible pretexto de la fuerza de costumbre, ostentan aun por las calles una porción de hotentotes por conquistar aun y que las recorren á escape con teas en la mano, semejándose á una turba de desenfrenados y furiosos incendiarios. Todo esto es porque suponen salir á el encuentro de los reyes que guiados por la estrella del Oriente, acuden á prestar homenaje al hijo de Maria, y porque pretestan tambien vienen derramando oro y riquezas á su paso.

Mas dejemos descansar á los que con tan buena fé y decidido ánimo emprenden su nocturna expedición y pasemos al día en cuestión.

Nuestros lectores podran haber visto en el grabado que ofrecemos á la cabeza de este artículo, que representa la fiesta de los Reyes.

Cóncido de todos es el asunto religioso que recuerda á la cristiandad la fiesta de los Reyes, nada diremos por lo tanto acerca de ella.

Algunos sabios considerando tan solo la casi exacta coincidencia, en cuanto á la época del año, con las antiguas saturnales de los romanos, han creído hallar en la improvisada realeza de este día, la momentánea dominación de los esclavos en las fiestas de Saturno; afirman que nuestra celebración de los reyes no es mas que una continuación de las saturnales, como pretenden tambien hallar en nuestras costumbres religiosas, muchos detalles de las ceremonias del paganismo. Algunos otros han creído de su deber protestar enérgicamente contra el paganismo que representa el cuadro de que es copia nuestro grabado de *el rey bebe*, por la profanación que pretenden se hace de la Epifanía, confundiendo los recuerdos religiosos con los escesos de los romanos.

Para comprender á fondo toda la piadosa indignación de estos escritores y acallar el escrupuloso eco de su conciencia, nos basta recordar que esta fiesta se ha celebrado siempre en diversas comarcas de la Europa, con festines magníficos y mucho mas suntuosos que los modestos y fraternales con que la conmemoramos hoy.

Y no solo entre los estudiantes y la clase mas vulgar del pueblo, se escedian en aquellos tiempos con ostentosa y gastronómica profusión, sino entre las clases mas acomodadas y en la corte misma se celebraba con convites que no resistirian los débiles estómagos de la presente generación, y aun muchas veces la mas completa licencia y desenfreno en las pasiones presidia á estas nocturnas orgías.

Entre el pueblo proclamaban un rey y este escogía un loco ó un ridiculo bufon encargado de entretener con sus gestos, ademanes y atrevidas palabras, la alegría y festiva hilaridad de los convidados; todo el gasto debía satisfacerlo el momentáneo monarca, y esto duraba hasta que concluían de despojarle de su última moneda para satisfacer la dispendiosa bacanal, siempre fuera de proporcion con su módica fortuna y patrimonio.

Entre las clases mas acomodadas, el designado por

suerte como rey del festin, no costeaba el convite, pero si estaba obligado á reunir á sus espensas en otro día á sus convidados, y devolverles su obsequio invitándolos á acompañarlo en un día de campo.

En tiempos mas apartados, admitian los soberanos de Inglaterra á la comida del día de los Reyes hasta á los simples menestrales, y aun en el reinado de Eduardo III, recayó en uno de estos la presidencia del convite y realeza del Haba, llamada así porque encerrada una de estas en una gran torta ó mazapan, se distribuía despues, y al que le tocaba el pedazo que contenia, digámoslo así la china, era proclamado rey.

En el mediodía de Inglaterra á la designación de un rey ó de una reina, seguía la distribución de los empleos de ministros, chambelanes, escuderos, damas, y demas servidumbre de que se rodeaban por aquel día, los nuevos principes.

Muy prolijo seria enumerar todas las particularidades de estas fiestas, tales como nuestros abuelos las celebraban, y aunque no quisiéramos hablar mas de lo que fué y no es, no podemos sin embargo dejar de referir una circunstancia notable en las reuniones de familia, y que aun se conserva en el ánimo de algunas personas sencillas y supersticiosas. Despues de separar en la mesa, la parte destinada á Dios, á la virgen Maria, á los pobres, y algunas veces á los reyes magos, tambien se reserva la parte destinada á los individuos ausentes de la familia; así es que mas de una vez he visto á una madre examinar cuidadosamente el trozo de torta del hijo soldado ó en lejanas tierras, conservada con religiosa escrupulosidad, para leer en las alteraciones que el tiempo necesariamente la hace sufrir, una indicación de la mas ó menos venturosa situación de que disfruta el deudo ó el amigo.

Aunque muy pocas y desfiguradas, sin embargo conservamos aun algunas costumbres de nuestros padres. En el real Palacio de Madrid aun se celebran algunas ceremonias y etiquetas que no refiero por carecer de los detalles suficientes. Hay corte, y es el día de las Pascuas de los señores, el día de cumplimiento en las clases militares y alta aristocracia.

Aquí debiera terminar esta desaliñada reseña de fiestas y costumbres, porque termina tambien la delicia de los estudiantes, el gozo de los muchachos que en vez de jugar al trompo, solazarse al sol en el campo ó saborear las jaleas y escarchados, tienen que fijar su atención y martirizar su memoria ante el catecismo de Ripalda y las fabulas de Iriarte, pero antes fuerza será hacer mencion de dos cosas que descienden ahora por el cañon de mi pluma y que habia dejado olvidadas. Una de ellas es los años, y otra los estrechos. Todo el mundo sabe lo que significan estas palabras, y por eso no me canso en definir las; no sé de dónde ni de qué se origina esta costumbre, que como española se va quedando rezagada, aunque sea dicho de paso importa poco, pues á muy pocos divierte, y á los mas fastidia.

Nada mas se me ocurre que participar á vds. por ahora; nada tengo que añadir mas que la expresión de mi buen deseo en comunicarnos por este medio el año que viene, para cuya Noche-buena tengo el honor de ofrecer á los suscritores un magnífico aguinaldo que está preparando ya, el mismo que en esta ocasión les felicita las Pascuas y besa sus manos.

J. L.

## FIN DEL TOMO PRIMERO.

Aulo Si  
rano.  
Aldover  
Ber  
Adorad  
Amster  
te (F  
Antioqu  
Arenqu  
Asturia  
rand  
Ali-Mel  
Austria  
Alberto  
Asturia  
trito  
José

Breton  
ra de  
Biograp  
guy  
Baron  
berg  
Beltran  
noz  
Beltran

Clemen  
Corona  
Carlota  
Carlos  
Conqui  
F. F.  
Catedra  
por  
de R  
Calcuta  
Carta á  
te. 80  
Costum  
Cultivo  
Conde  
don  
Corte á  
Cuadro  
Enri

ES  
Evason  
de Se  
mud  
La cor  
Descub  
por  
llabr  
Cárlos  
La co  
F. F.  
Daiz  
por  
La I  
Ant



# ÍNDICE GENERAL POR ÓRDEN ALFABÉTICO.

- Aulo Silio*, por D. J. Gimenez Serrano. 185.  
*Aldovrandus Magnus*, por Enrique Berthoud. 101.  
*Adoradores del fuego* (los) 24.  
*Amsterdam*, por D. Modesto la Fuente (Fr. Gerundio) 165.  
*Antioquia*, 175.  
*Arenques*, (los) 185.  
*Asturias*, por don José Arias de Miranda. 186.  
*Ali-Mehemet, virey de Egipto*, 190.  
*Austria, Viena*. 199.  
*Alberto Durer*. 263.  
*Asturias*. Noticias generales del distrito de Oviedo á Proaza, por don José Arias de Miranda, 267.  
*Breton de los Herreros*, por don Ventura de la Vega. 9.  
*Biografía de un duro*, por D. J. Lequey. 121.  
*Baron Von-Koeldvethout de Tronsberg*, (el) 145.  
*Beltran de la Cueva*, por D. J. Muñoz Maldonado. 1.ª parte. 247.  
*Beltran de la Cueva*, (conclusion) 277.  
*Clemencia*. 17.  
*Corona y el hacha*, (la) 25.  
*Carlota*. 31.  
*Carlos el malo*. 49.  
*Conquista de Córdoba*, (la) por don F. Fernandez Villabrilie. 54.  
*Catedral de Sevilla*, (á la) Poesia, por D. A. de Saavedra, (Duque de Rivas). 58.  
*Calcuta*. 65.  
*Carta de un viudo*, por el estudiante. 80.  
*Costumbres de los turcos*. 94.  
*Cultivo del té*. 118.  
*Conde de Castilla*, (el último) por don F. Fernandez Villabrilie. 125.  
*Corte de D. Juan II*, (la) 285.  
*Cuadro andaluz*, (poesia) por don Enrique Cisneros Nuevas. 147.  
*Castillo inclinado*. 148.  
*Cucillo indicador y los picos*, (el) 194.  
*Casas de huéspedes*, por A. F. R. 214.  
*Caña de azúcar*, (la) 253.  
*Competencia generosa*, (la) por don Francisco Fernandez Villabrilie. 245.  
*Cuarto principal y el cuarto tercero*, (el) por el Incógnito. 261.  
*Descubrimientos del mar del Sur*, por D. Francisco Fernandez Villabrilie. 45.  
*Dos huérfanos*, (los) 46.  
*Daoiz y Velarde ó el Dos de Mayo*, por D. Francisco Fernandez Villabrilie. 77.  
*Evasion de Ripperdá del Alcazar de Segovia*, por D. Salvador Bermudez de Castro. 5.  
*Educacion de un niño*, (la) por Fr. Gerundio. 6.  
*Embajador*, (el) por D. Francisco Fernandez Villabrilie. 149.  
*Episodio de la guerra civil*, (un) por M.\*\*\*  
*Fiestas de los judios*. 217.  
*Gemelos*, (los) 97.  
*Groenlandi*. 170.  
*Gloton del norte*. 215.  
*Introduccion*, por D. José de la Revilla. 1.  
*Inocencia sacrificada*, (la) por don Antonio Pirala. 82.  
*Isla de Madera*, (la) por D. José Tenorio. 91.  
*Infantes de Aragon*, (los) por don Francisco Fernandez Villabrilie. 116.  
*Juan Nicasio Gallego*, (don) por don Ventura de la Vega. 65.  
*Juan de Padilla*, por don Julian Sainz Milanés. 225.  
*Lobo negro*, (el) 271.  
*Maguncia*, por D. A. Pascual. 64.  
*Mr. de Wodemblok*. 74.  
*Maria*, primera parte, por Enrique Berthoud. 203.  
*Maria*, segunda parte, 256 por id.  
*Novia y el muerto*, (la) 21.  
*Natividad*, (la) 299.  
*Orgia en el mar*, (una) por D. Teodoro Guerrero. 165.  
*Orillas del Rhin*, 221.  
*Perra de Julianita*, (la) por D. Modesto Lafuente (Fr. Gerundio). 14.  
*Premio de la sangre*, (el) 59.  
*Pekin*. 95.  
*Romance*, por D. Manuel Breton de los Herreros. 84.  
*Reina*, (una) por la duquesa de Abrantes. 132.  
*Rodrigo Calderon*, (don) *Marqués de siete Iglesias, conde de la Oliva*, por D. Julian Milanés. 176.  
*Rotura de los diques de Holanda*, 189.  
*Romance*, por D. V. Sainz Pardo. 219.  
*Ruinas de Stratonicea*, 275.  
*Sanchez Coello*, 11.  
*Sueño*, (un) por Pablo Verner. 154.  
*Sueño*, (el) 290.  
*Treinta leguas en posta*, por M.\*\*\* 67.  
*Wamba el triunfador*, por D. Francisco Fernandez Villabrilie. 202.  
*Zinga, reina de Matamba y de Angola*. 129.

## ÍNDICE POR ÓRDEN DE MATERIAS.

### ESTUDIOS HISTÓRICOS.

- Evasion de Ripperdá de el Alcázar de Segovia*, por don Salvador Bermudez de Castro. 5.  
*La corona y el hacha*. 25.  
*Descubrimiento del mar del Sur*, por don Francisco Fernandez Villabrilie. 45.  
*Carlos el Malo*. 49.  
*La conquista de Córdoba*, por don F. Fernandez Villabrilie. 54.  
*Daoiz y Velarde ó el Dos de Mayo*, por don F. F. Villabrilie. 77.  
*La Inocencia sacrificada*, por don Antonio Pirala. 82.  
*Aldovrandus Magnus*. 101.  
*Los infantes de Aragon*, por don Francisco Fernandez Villabrilie. 116.  
*El último conde de Castilla*, por don Francisco Fernandez Villabrilie. 125.  
*Zinga, reina de Matamba y de Angola*. 129.  
*El embajador*, por don Francisco Fernandez Villabrilie. 149.  
*Unareina*, por la duquesa de Abrantes. 152.  
*Don Rodrigo Calderon* marqués de Siete Iglesias, conde de la Oliva, por don Julian Milanés. 176.  
*Wamba el triunfador*, por don Francisco Fernandez Villabrilie. 202.  
*Juan de Padilla*, por D. Julian Sainz Milanés. 225.  
*La competencia generosa*, por don Francisco Fernandez Villabrilie. 245.  
*Beltran de la Cueva*, primera parte, por don José Muñoz Maldonado. 247.  
*Beltran de la Cueva*, segunda parte, 274.  
*Corte de D. Juan II*, (la) 287.  
**ESTUDIOS LITERARIOS.**  
*Introduccion*, por D. José de la Revilla. 1.



*La perra de Julianita* (poesía), por D. Modesto Lafuente (Fr. Gerundio.) 14.

*A la catedral de Sevilla*, (poesía) por don A. de Saavedra duque de Rivas). 58.

*Romance*, por D. Manuel Breton de los Herreros. 84.

*Cuadro andaluz*, por don Enrique Cisneros Nuevas. 117.

*Romance*, por D. V. Sainz Pardo. 219.

#### ESTUDIOS MORALES.

*Los dos huérfanos*, 46.

*Aulo Silio*, por don J. Gimenez Serano. 83.

*Maria*, primera parte, 205.

*Maria*, segunda parte, por Enrique Berthoud. 256.

#### ESTUDIOS BIOGRAFICOS.

*D. Manuel Breton de los Herreros*, por D. Ventura de la Vega. 9.

*D. Juan Nicasio Gallego*, por don Ventura de la Vega. 63.

*Al-Mehemet*, virey de Egipto. 190.

*Alberto Durer*. 263.

#### ESTUDIOS DE VIAGES.

*Maguncia*, por don Agustin Pascual. 64.

*Pekin*. 93.

*Un sueño*, por Pablo Verner.

*Amsterdam*, por Fr. Gerundio. 163.

*La Groenlandia*. 170.

*Ruinas de Stratonicea*. 275.

*Antioquia*. 173.

*Rotura de los diques de Holanda*. 189.

*Austria*; Viena. 199.

*Orillas del Rhin*. 221.

#### ESTUDIOS GEOGRAFICOS.

*Calcuta*. 63.

*La isla de Madera*, por don José Tenorio. 91.

*Asturias*, por D. José Miranda. 186.

*Noticias generales del distrito de Oviedo a Proaza en el principado de Asturias*, por don José Arias de Miranda. 267.

#### ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

*La educacion de un niño*, por don Modesto Lafuente. (Fr. Gerundio). 61.

*Carta de un viudo*, por el Estudiante. 80.

*Costumbres de los turcos*. 94.

*Los adoradores del fuego*. 124.

*Casas de huéspedes*, por D. A. F. R. (el Incógnito). 214.

*Fiestas de los judios*. 217.

*El cuarto principal y el cuarto tercero*, por D. A. F. de los R. el Incógnito). 261.

*Secreto*. (el) 290.

*Natividad*. (la) 296.

#### ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

*El cuclillo indicador y los picos*. 191.

*El gloton del Norte*. 215.

*El lobo negro*. 271.

#### ESTUDIOS DE AGRICULTURA.

*Cultivo del té*. 118.

*La caña de azúcar*. 233.

#### ESTUDIOS DE INDUSTRIA.

*La pesca de los arenques*. 185.

#### ESTUDIOS RECREATIVOS.

*Sanchez Coello*. 11.

*La novia y el muerto*. 21.

*El premio de la sangre*. 39.

*Treinta leguas en posta*, por M.\*\*\* 67.

#### ESTUDIOS RECREATIVOS.

*M. de Wodemblok*. 74.

*Un episodio de la guerra civil*, por M.\*\*\* 88.

*Los gemelos*. 97.

*Biografia de un duro*, por D. Juan Leguey. 121.

*El baron Van-Koeldwethout de Tronsberg*. 145.

*Castillos inclinados*. 148.

*Una orgia en el mar*, por D. Teodoro Guerrero. 163.

#### CAUSAS CÉLEBRES.

*Clemencia*. 17.

*Carlota*. 37.

NOTA. Creeríamos faltar á un deber sagrado sino aprovechásemos este hueco para cerrar el tomo dando las gracias á todos cuantos nos han honrado por la confianza que han tenido en nuestras promesas, y por el auxilio que han prestado á una empresa que tanto puede contribuir á fomentar la afición á la lectura, y por consiguiente á la grande obra de la civilización.—El crecido número de suscritores que tenemos ya para el año próximo, prueba de una manera indudable que hemos acertado á captarnos la benevolencia pública; nosotros no seremos ingratos y nada perdonaremos para probar que nuestra voluntad no conoce límites y que no nos guía en esta empresa un interés mezquino sino un sentimiento mas noble y elevado: el de ser en algo útiles á nuestros conciudadanos.

Madrid 25 de diciembre de 1843.

#### DIRECTOR Y EDITOR,

FRANCISCO DE PAULA MELLADO.

## AVISO.

DOÑA MELITONA SANCHEZ CONEJO, residente en Nava del Rey, provincia de Valladolid, ha sido la agraciada con el premio ofrecido á los suscritores por el corriente año, que tenia obeeion á la rifa prometida en el prospecto. El premio mayor del sorteo de grandes premios que se verificó el 23 del corriente diciembre ha salido en el 9,973, y la referida señora tiene en su billete los números del 9,973 al 9976 ambosinclusive.

## MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO, CALLE DEL SORDO, NÚMERO 11.